6868

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

MÁRTIRES
Ó
DELINCUENTES

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

FRANCISCO PLEGUEZUELO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1884.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADA EN 1.° DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»	Adios mi renta	1	D. Enrique Prieto	Todo.
»	»	Aguas minerales. s. o. v	1	Javier de Búrgos	»
1	1	Azuqueca, dos minutos!	1	Sres. Casañ y Romea	»
»	»	Barro y cristal	1	D. Cesar Gginacoi	»
»	»	Buenas noches señores	1	Miguel Casañ	»
»	»	Casi... casi	1	Felipe Perez Gonzalez	»
3	2	Con luz y á oscuras	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
4	2	Coquetina-j. o. v	1	Francisco S. Godo	»
2	3	Correo de la Habana-c. o. p	1	Mariano Pina	»
»	»	Dos y dos . dos	1	Juan Chazarri	»
6	1	El arca de Noé	1	Vicente Guillen	»
»	1	El dedal de plata, monólogo- o. v..	1	Manuel Reina	»
»	»	El hombre de las gafas	1	Francisco Flores García	»
3	1	El loco, de locos habla	1	Miguel Mendez Alvarez	»
»	»	El maestro Palomar	1	J. Redondo y Menduiña	»
3	2	El oso y el centinela	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
3	2	El sobrino aparecido	1	J. G. y E	»
»	»	Ensayo general	1	Francisco Flores García	»
5	2	Entre la espá y la paré (parodia)	1	F. Perez Collantes	»
7	4	Gabinetes partieulares	1	Mariano Barranco	»
»	»	Hija cor hija	1	Salvador Carreras	»
»	»	Jesús, Mariquita y Pepe	1	José Acuaviva	»
7	4	La adelfa (papodia)	1	F. Perez Collantes	»
3	4	La calle de Toledo-j. o. v	1	José Lopez Silva	»
»	»	La mona de mi vecina	1	José Acuaviva	»
14	2	Las bodas-m. o. p	1	Francisco Cid Rodriguez	»
»	»	Las cartas de Leona	1	Rubio y Flores García	»
»	1	Las macetas (monólogo.)	1	E. Perillan y Buxó	»
»	»	Los bolsistas	1	J. Redondo y Menduiña	»
6	2	Los dedos huéspedes	1	Baron de Córtes	»
«	»	Los pantalones	1	Mariano Barranco	»
7	7	Madrid-Zaragoza-Alicante	1	Mariano Pina Dominguez	»
5	3	Mapa-Mundi	1	F. Flores García	»
2	»	Marron glacé	1	Mariano Barranco	»
»	2	Mellizos-c. o. v	1	Francisco J. Godo	»
3	»	Mi retrato	1	Francisco Macarro	»
»	»	¿Nos casamos?	1	Adolfo Lianos	»
»	2	Paso atrás	1	Ramon Marsal	»
1	»	Pólvora en salvas	1	E. Aulés	»
»	2	Querer rabiando	1	E. B	»
4	»	Sanguijuelas del Estado	1	Ricardo de la Vega	»
5	2	Señor Don Frutos Verdes	1	F. Perez Collantes	»
»	2	Sustos y enredos	1	José Acuaviva	»
2	3	Tiquis, miquis	1	Vital Aza	»
»	»	Tot cor	1	E. Aulés	»
4	»	Tragedia y melodía	1	Miguel Mendez Alvarez	»
»	»	Tute de yernos	1	Pedro Gorriz	»
»	»	Un año más (Revista)	1	Vital Aza	Mitad.
3	1	Un amor improvisado	1	Ricardo Gomez	Todo.
2	»	Un artista á la moderna	1	Manuel Moreno	»
2	2	Un marido impertinente-j. o. v	1	Godo y Rahola	»
»	»	Un matrimonio á muerte	2	Pedro Escamilla	»
»	»	De Heródes á Piiatos	2	Eusebio Sierra	Mitad.
3	2	La suegro-fobia	2	Francisco Macarro	Todo.
«	«	Las de Viliadiego	2	Calixto Navarro	Mitad.
»	»	Suegro, padre y alguacil	3	Eduardo Sanchez Castilla	«
5	3	Arturo	3	Valentin Gomez	Todo.
»	»	Con las armas de su honor	3	Juan Chazarri	»
7	5	Demi-monde-c. t. p	3	Luis Valdés	«
»	»	El nuevo sí de las niñas	3	Tomás Rodrignez Rubí	«
6	2	El primer paso.-t. o. v	3	Dío A. Valdivieso	»
»	3	El roble herido	3	Valentin Gomez	«
7	5	La primera noche	3	Dio A. Valdtvieso	»
»	»	La taberna (L'assommoir)	3	Mariano Pina Dominguez	»
5	»	La cola del gato. (Mágia)	3	Mariano Pina Dominguez	»

MÁRTIRES Ó DELINCUENTES.

MÁRTIRES Ó DELINCUENTES,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

FRANCISCO PLEGUEZUELO.

Representado por primera vez en el Teatro de Jovellanos de Madrid el 4 de Febrero de 1884.

MADRID.—1884.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
PILAR (15 años de edad.)..	Srta. D.ª Elisa Mendoza Tenorio.
ELENA (36).....	Sra. D.ª Emilia Dominguez.
LA DUQUESA DE *** (50).	Sra. D.ª Manuela Moral.
ALFONSO (45).....	Sr. D. Antonio Vico.
ENRIQUE (45).....	José Gonzalez.
ALFREDO (23).....	Eduardo Cachet.
EL JUEZ.....	Pedro Moreno.
EL ESCRIBANO.....	N. Tapia.
CRIADO 1.° (40).....	N. Perrin.
CRIADO 2.°.....	N. Perrin.
UN SUBDELEGADO DE POLICÍA.....	N. N.
OTRO id., id.....	N. N.

La accion se supone en Madrid y en la época presente.

Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO

En testimonio de admiracion y gratitud,

El Autor.

Madrid 1.° de Octubre de 1883.

674001

ACTO PRIMERO.

Gabinete de la casa de Alfonso lujosamente amueblado. Dos puertas á la izquierda y otra al foro: á la derecha un balcon ó dos; á este mismo lado una mesa con algunos libros. Otra en el centro con un timbre: á la izquierda chimenea encendida. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

CRIADO que entra por el foro y habla despues de sondear la escena con la mirada.

Pues señor, yo fuí portero,
ascendí luégo á criado,
y, ya es hecho, me he elevado
hasta el rango de cartero.
(Sacando una carta del bolsillo de la derecha de la americana.)
Buzon de la señorita
(Sacando otra del bolsillo opuesto.)
y buzon de la señora.
(Aludiendo al autor de la primera carta.)
Este dirá que la adora,
(Aludiendo al de la segunda.)
éste le dará una cita.
Que el novio escriba está bien;
pero el otro... ¡qué ralea!

(Metiendo distraído ambas cartas en el bolsillo de la derecha.)
¿Será posible que vea
en cada casa un belen?
Merecía yo un pesebre,
juraba que eran tan buenos...
Bien dicen, que donde ménos
se piensa salta la liebre.
Pero, señor, cómo engaña!
¿Quién no creería que es buena?
Vamos, le dá doña Elena
al más listo la castaña.
Sus palabritas... de miel,
sus miradas... de bondad,
sus obras... de caridad:
vamos, paloma sin hiel.
No hay criado á quien le riña,
ni con motivo siquiera,
y siempre tan zalamera
con don Alfonso y la niña.
Cuidarles bien su desvelo,
hablar de ellos su delirio,
los teatros su martirio,
y su casita su cielo.
En fin, que si ántes de ahora
preguntan por una santa,
me falta á mí la garganta
para decir: «mi señora.»
Á lo que veas atiende,
y fíate en la apariencia:
si es la mujer una ciencia
que ni el demonio la entiende.
Pero no, un bestia yo
que lo debí sospechar:
eso de tanto rezar...
quien tal reza, tal pecó.
(Observando por una de las puertas de la izquierda.)
La niña hácia acá en derrota...
pues empiezo á repartir,
y ya haré por concluir,
acechando á la devota.

ESCENA II.

DICHO y PILAR.

PILAR. ¿Qué haces?
CRIADO. Buscaba á usté.
(Sacando una carta del bolsillo de la derecha y dándosela.)
Esta carta, don Alfredo...
PILAR. Bueno. (Tomándola.) Carta: tengo miedo:
¿no vendrá?
CRIADO. (Volviéndose desde la puerta del foro por donde iba á salir con la agitacion que le produce tocar una de las cartas en el bolsillo de la derecha, que era donde llevaba la de Pilar, y pensar que ha entregado á ésta la destinada á su madre.)
Señori...
PILAR. ¿Qué?
CRIADO. Que no era esa la carta,
(Sacando la otra del bolsillo.)
que era esta.
PILAR. (Leyendo el sobre de la que le fué entregada.)
«Señorita.»
CRIADO. (Ap.) (¡Qué enredo, Vírgen bendita!)
PILAR. «Doña Pilar Santamarta.»
¿Es que hay otra de mi nombre,
ó que este nombre no es mio?
CRIADO. (Ap. despues de haber leido el otro sobre.)
(Por poco armo el gran lío.)
PILAR. Mas, qué carta es esa, hombre?
CRIADO. No... ninguna... es que creí...
esta otra es de su papá.
PILAR. Yo se la daré, tráela.
CRIADO. (Ap.) (Al fin la pata metí.)
PILAR. Vamos, trae, ¿qué reparas?
CRIADO. Nada... sino...
PILAR. (Avanzando como para cogerla.) Qué mareo!
CRIADO. Si es para echarla al correo.
PILAR. Pues de una vez acabáras. (Váse el Criado.)

ESCENA III.

PILAR leyendo la carta y declamando alternativamente.

«Aunque luégo iré, te escribo
»para decirte una cosa;
»pero sabe ántes, hermosa,
»que no viéndote no vivo.»
Lo sé, me sucede igual.
«¡Qué noche pasé tan triste!
»Te esperaba, mas no fuiste,
»y era un desierto el Real.»
Sucedió lo de costumbre:
mamá halló más divertido
que hiciéramos aquí el nido
al dulce amor de la lumbre.
Darle gusto es mi contento;
pero vida tan casera
es por demás, ni que fuera
á encerrarme en un convento.
Á otras les sobra ocasion,
tienen misa, visiteo,
cuarenta horas, paseo,
compras, teatro y balcon;
y yo, que tanto idolatro
á mi buenísimo Alfredo,
ni verlo siquiera puedo
cuando nos toca el teatro.
Fija del palco en la puerta
estaría su mirada,
y aquella quedó cerrada
y él con la boca abierta.
¡Pobre Alfredo!—«Pero en breve
»dejaremos de sufrir.
»Hoy mi madre vá á pedir
»esa manita de nieve.»
Dios mio, que se la den.
«He preferido este aviso
»á que oyeras de improviso
»á mi madre.»—Hiciste bien,
la dicha como la luz

deben llegar poco á poco.
«De ver ya cerca estoy loco
del matrimonio la cruz.
¡Qué poquito ha de pesar
llevándola entre los dos!
Hasta luego, vida, adios.»
¡Qué modo tiene de hablar!

ESCENA IV.

DICHA y ELENA que entra distraida por segundo término izquierda, y se sienta, acercándose á ella PILAR despues de guardar la carta.

PILAR. ¿Qué es eso, estás enojada
conmigo?
ELENA. ¡Contigo? ¡tonta! (Dándole un beso.)
PILAR. Sí que soy tonta.
ELENA. ¿Por qué?
PILAR. Porque alguna vez á solas
me quejo de tí, y al verte
toda el alma te perdona.
ELENA. Porque comprendes mi amor.
PILAR. Y porque eres muy hermosa,
y tu cara me seduce
y tus besos me sobornan.
ELENA. Pero ¿qué razones tienes...?
PILAR. Lo que es eso, no son pocas:
te portas muy mal conmigo.
ELENA. Me porto mal?
PILAR. Sí, señora:
debiera usted comprender
que si no he de hacerme monja
sería bien que aprendiese
un poco de *mundologia*,
y que mal puedo aprenderlo
metida siempre en la concha.
ELENA. ¿Dónde mejor una perla?
PILAR. No soy perla.
ELENA. Cual no hay otra.
PILAR. Pues si soy perla y soy tuya,
¿por qué no luces tus joyas?

ELENA. (Con misteriosa tristeza.)
Tienes razon, hija mia,
en quejarte.
PILAR. Pues me sobra;
ya no quiero la razon
desde que tú me la otorgas:
me gusta reñir contigo,
mas no alcanzar la victoria.
ELENA. Hija del alma!
PILAR. Ya pones
el rostro de dolorosa.
¿Por qué, siendo tan feliz,
á lo mejor una sombra
de pesar nubla tu frente
y las lágrimas asoman
á tus ojos?
ELENA. Siempre hay algo
del pasado que acongoja.
y algo del porvenir
que da temor y zozobra.
PILAR. Mas ¿qué puedes tú temer?
ELENA. Perder mi dicha de ahora.
PILAR. No hay dicha entonces completa.
ELENA. Al más feliz siempre acosa
la inquietud de que se acaben
las venturas de que goza.
PILAR. De lo que dices se infiere
que dos potencias nos sobran:
no debiéramos tener
ni prevision, ni memoria.
Pero es el caso que yo
soy feliz con una y otra:
detrás veo el paraiso
y delante veo la gloria.
ELENA. Privilegio de los ángeles
cuando en esta tierra moran.
PILAR. Pues me daba por contenta
con ser siempre tan dichosa
como eres tú... ¿qué más quieres?
un marido que te adora;
una hija que te idolatra;
jóven aún, rica, hermosa;

tantos pobres que bendicen
esta mano bienhechora;
en tu hogar una capilla
porque se junten tus glorias;
quieres nuestro amor, nos besas,
quieres el de Dios, y oras.
¡No querrías que yo siempre
fuera como tú dichosa?

ELENA. Más todavía.

PILAR. Pues dime:
si mi bien tanto ambicionas,
¿por qué ves con cierta pena
que quiera hacerme su esposa
Alfredo?

ELENA. Hija...

PILAR. ¿No es honrado?
¿no es tan bueno? ¿no me adora?
¿no está la felicidad
en la santa union que forman
matrimonios como el tuyo?

ELENA. (Ap.) (¡Como el mio!) (En voz alta.)
Sí, no hay otra
felicidad comparable
á la de madre y esposa,
cuando reina en un hogar
que por el amor se forma,
y que los cielos bendicen
y la sociedad sanciona.

PILAR. Entónces?...

ELENA. Eres tan niña...

PILAR. Que se retarde mi boda;
pero si ajusto la cuenta
resulta que apenas dobla
mi edad mi señora madre.

ELENA. Bien, pero...

PILAR. Pero... celosa,
si es que á tí se te figura
que él mi cariño te roba.

ELENA. Y acaso es verdad.

PILAR. ¿Quién dice
que un amor á otro le estorba?
es lo mismo que decir

que una luz á otra da sombra:
con más luz mejor se ve,
con más amor más se adora. (Pausa.)
Si no me diera vergüenza
te diria yo una cosa.

ELENA. Pues anunciarla es decirla,
conque el preámbulo ahorra.

PILAR. Van á hacerte una demanda
tal vez ántes de una hora.
¿Comprendes?

ELENA. (Con temor.) ¿Quién?

PILAR. La Duquesa.

ELENA. ¿La madre de Alfedro? (Agitada.)

PILAR. Toma!
se entiende, como se entiende
lo que querrá esa señora.

ELENA. ¿Viene á pedirnos tu mano?
¡Hija mia! (Sollozando.)

PILAR. Por qué lloras?
me oprimes el corazon.

ELENA. (Muy agitada y levantándose para irse.)
No, Pilar... esta congoja
es natural, la del árbol
que siente perder su fronda...
ver que te arrancan de mí...
pensar si serás dichosa,
si este enlace podrá ser
aun en edad tan corta...
pero no temas, veremos...

PILAR. ¿Y así me dejas á solas?

ELENA. Voy con tu padre, no temas.
(Ap.) (Ó teme, infeliz y llora.)
(Váse por la puerta, primer término izquierda.)

ESCENA V.

PILAR.

Este es mi llanto primero
que tiene amargo sabor:
pero renuncio á mi amor,
madre mia, no lo quiero

si me cuenta tu dolor.

ESCENA VI.

DICHA y ALFONSO, que aparece por la lateral izquierda, segundo término.

ALFONSO. ¿Tú llorando?
PILAR. No, papá.
ALFONSO. Si lo veo: ¿por qué ha sido?
PILAR. Por nada... que me he afligido
de ver llorar á mamá.
ALFONSO. ¿Cuándo?
PILAR. Ahora.
ALFONSO. ¿Dónde está?
PILAR. Á buscarte fué.
ALFONSO. Venía
buscándola yo tambien.
No seas tonta, Pilar mia,
y nunca afliccion te den
sus lágrimas: esa impía
llora de gozo y ternura,
ó de algo que se figura
allá en su imaginacion,
sin notar que la amargura
derrama en tu corazon.
Hé de reñir á la aleve.
PILAR. ¡Reñir tú á ella?
ALFONSO. Sin tasa,
á ver si otra vez se atreve
á dar la pena mas leve
al ángel de nuestra casa.
Díle que venga.
PILAR. (Viendo aparecer á Elena por la lateral izquierda, segundo término.)
Héla aquí.
Díle tú, cuánto la quiero
y que no sufra por mí.
(Ap.) (Serán celos, aun espero
que éntre en razon y dé el sí.)
(Mirando á Elena con amor y esperanza en tanto que se retira.)

ESCENA VII.

ALFONSO y ELENA.

ALFONSO. Quería reñirte, Elena,
y al verte el pecho se cambia
más atento á su egoismo
que á esa hija idolatrada.
Siento celos.
ELENA. ¡Sientes celos?
ALF. ¿Qué mucho si eres ingrata
y de mi amor ya no vives?
ELENA. ¡Eso dices?
ALF. Y tus lágrimas
lo acreditan.
ELENA. Insensato.
ALF. Cada momento que pasas
entregada á tu tristeza,
tiempo es que le arrebatas
al sentimiento que ha unido
para siempre nuestras almas.
ELENA. ¿No hay razon?
ALFONSO. Siempre la hubo:
pero ántes mi amor triunfaba,
y las sombras del pesar
huian de nuestra casa.
ELENA. Es que la razon del duelo
ahora es mayor por desgracia.
ALFONSO. (Con cariñoso desden.)
¡Aún piensas en la vision
de tu mente arrebatada?
ELENA. No la olvido, aunque conceda
que sólo fué vision vana;
pero me refiero, Alfonso,
á causa real, inmediata.
ALFONSO. Ya la sé: que nuestra hija
de Alfredo está enamorada,
y que un dia llegará...
sabes que tengo una traza
pensada...

ELENA. Pues ha llegado
el momento de emplearla.
ALFONSO. ¿Qué dices? (Sorprendido.)
ELENA. Las relaciones
viene hoy á formalizarlas
la Duquesa.
ALFONSO. (Visiblemente contrariado.) ¿Hoy?
ELENA. Bien pronto.
Ve si son justas mis ánsias
cuando á tí mismo te ahogan
hechas nudo en la garganta.
ALFONSO. Mentiré, pues es preciso,
y con la mentira salvas
quedan tu honra y su dicha.
ELENA. Ay, Alfonso, ¿y si te engañas?
¿qué será de nuestra hija,
de nuestra hija adorada?
Caerá sobre su inocencia
el peso de culpa extraña.
¡Qué terrible puede ser
la expiacion de nuestra falta!
ALFONSO. La engendramos por amor.
ELENA. Pero con sello de infamia.
ALFONSO. Que imponen leyes del hombre.
y borran leyes más altas.
ELENA. Pero sello que en el mundo
el infortunio depara.
ALFONSO. No siempre, que tambien hay
en la tierra quien acata
las leyes que dicta el cielo
mucho más que las humanas.
¿Quién que tenga corazon,
en vez de oprobiosa mancha
no vería en nuestra frente
la aureola de la desgracia?
ELENA. Todos dirían «adúlteros.»
ALFONSO. Mentira: tú libre estabas, (Con vehemencia.)
mil veces rotos los lazos
de la mútua fé jurada.
Aquel miserable Enrique
que logró llevarte al ara,
cuando aun de vuestra boda

podían lucirse galas,
ladron de oro y de dichas,
robándote las alhajas
y á su hermano el capital
que en el vil depositara,
á la América partió
y te dejó abandonada.
Si él faltó á su juramento
de manera tan villana,
¿cómo, ni por qué razon
quedar al tuyo obligada?
donde hay reciprocidad
muere un deber si otro falta:
esto dice la conciencia,
y la conciencia no engaña.

ELENA. Ay, Alfonso, no es la voz
de la conciencia tan clara.

ALFONSO. (Con visible amor y ternura y tomando asiento.)
Porque al verse contradicha
por el mundo, se acobarda:
por eso luchaste tanto
en la campestre morada
de la hacienda de mi padre
que el tuyo le administraba.
donde tu suerte cruel
fuiste á llorar desolada,
y donde quiso el destino,
vida mia, que te hallara;
por eso tú te escondías
siempre que yo iba de caza;
por eso cuando iba al campo
casi siempre estabas mala;
por eso quisiste ahogar
el amor en tus entrañas;
porque el mundo te decía
«de mi ley eres esclava,»
y tu pobre corazon
temía que fuera falsa
la otra voz que de la altura
para decirte bajaba:
«por mi ley ya eres libre.
si tu amor es puro, ama.»

ELENA. De aquel tiempo las memorias,
qué dulces son y qué amargas!
Agotas por aquietarme
pensamientos y palabras;
más que mi amor, fué flaqueza,
lo dice una circunstancia,
la de no haberme rendido
á su dulce ley tirana,
sino bajo el nuevo golpe
de mi desgracia.

ALFONSO. Insensata!
lo mismo en tu soledad
por la muerte inesperada
de tu padre, que teniendo
siempre á tu lado sus canas
para templar en su nieve
el ardor de tus miradas,
si en tu pecho había prendido
de amor intenso la llama,
desengáñate, no hubieras
podido nunca apagarla,
y al fin te hubiera vencido
la ley que á mí te empujaba.

ELENA. Pero, qué hemos hecho, Alfonso?
¿qué ceguedad ó que audacia
dejó llegar este trance?
por nuestra culpa qué aguarda
á esa inocente?

ALFONSO. Confía;
pero si es que nos amaga
la desdicha, tan cruel
será sufrirla y llorarla
que es impiedad aumentar
el dolor, viendo la causa
de todo lo que suceda
en la voluntad culpada.
El cielo nos dió á Pilar,
¿cuál era el deber? criarla;
nuestra ilegítima union,
si era conocida, daba
escándalo y ocasiones
á censuras despiadadas

y acaso á funestos lances,
¿qué era prudente? ocultarla:
Madrid, poblado desierto,
y nuestra amada comarca
dejamos: aquí ¿qué hacer?
no pudo ser más aislada
nuestra vida en un principio,
y hoy mismo á todos extraña
tan constante retraimiento;
mas ¿quién por completo alcanza
á evitar las relaciones
de la sociedad en la trama?
jamás que eramos casados
mintieron nuestras palabras,
pero ¿habiamos de decir
á todo el que se empeñaba
en visitarnos «cuidado
que esta morada le mancha,»
cuando era despues de todo
como la que más honrada?
y á esa niña tan pura
cómo decirle?...

ELENA. No, calla,
no sepa ella jamás
el secreto que me infama.

ALFONSO. Ni yo quiero que tu honor,
pues es cosa que descansa
en la opinion de las gentes
y exterioridades vanas,
jamás resulte empañado
ante nadie, ni por nada.

ELENA. Sólo por ella quisiera,
como el sol, limpia mi fama.
Hija del alma, tú ignoras
el riesgo que te amenaza.

ALFONSO. Este trance era forzoso
que al fin una vez llegára:
evitarlo era imposible,
pero Dios querrá salvarla:
su partida de bautismo
lo que he de decir declara.
y pienso que la Duquesa...

ELENA. Y si despues ese Enrique
como sombra bomitada
por el infierno?...
ALFONSO. (Levantándose.) Es delirio
que casi en locura raya
pensar que á los veinte años...
de tal manera te exalta
tu exagerado temor,
que en el primero que pasa
te figuras verlo á él.
ELENA. La otra noche...
ALFONSO Como tantas
ilusion. Robó á su hermano
y solo este hecho basta,
para que en tierra española
no vuelva á poner su planta:
quizá entregado al desórden
con la fortuna robada,
prematura muerte halló
en otras tierras lejanas:
y si no murió no venga,
que es morir venir á España.
ELENA. No digas eso.
ALFONSO. Pues ¿quién
nuestros ~~derechos~~ *derechos* contrarios
resolvería en justicia?
juez de tal pleito una bala.
ELENA. Qué? (Al Criado 2.° que aparece por el foro y hace mútis, despues de decir su frase.)
CRIADO. La señora Duquesa...
ELENA. Está bien. Dios mio!
ALFONSO. (Con cierta turbacion.) Anda,
pásala á otra parte, voy
en seguida.
ELENA. Vírgen santa!
(Para irse por el foro, atraviesa la escena lentamente, con ademanes que revelan el afan de cobrar la serenidad que le falta, y no desaparece hasta un momento ántes de terminar Alfonso el siguiente aparte.)
ALFONSO. (Ap.) (Llega el momento y las fuerzas
para el engaño me faltan:

mas ¿la deshonra de Elena
yo he de ser quien saque á plaza?
además, esta mentira
la tengo ya consumada:
si á Pilar hubiera inscrito
como adulterina, hasta
el derecho á heredarme
el mundo le arrebatara.
Á un ser que llega á la tierra,
puro como llega el alba,
preocupaciones y leyes
guerra á muerte le declaran:
pues su padre á defenderla,
y en esta horrible batalla
y siendo mi causa justa
buenas son todas las armas.)

ESCENA VIII.

ALFONSO, ELENA, PILAR y la DUQUESA. Todas ellas entran por el foro, un momento despues de haber desaparecido Elena, diciendo Pilar casi desde dentro la primera frase.

PILAR. Porque ha querido pasar
donde estuviérais.
DUQ. Y pienso
que para esta franqueza
me asiste ya algun derecho.
ELENA. Siempre...
ALFONSO. (Saludando.) Duquesa...
PILAR. (Viendo la cariñosa cortesía con que sus padres ofrecen asiento á la Duquesa.)
(Ap.) (¡Qué amables!
de seguro que han resuelto
el conflicto á mi favor.)
Tengo que estudiar, les dejo,
dispense usted.
(Á la Duquesa, quien la despide con gesto cariñoso.)

ESCENA IX.

DICHOS ménos PILAR.

DUQ. Ella sabe
sin duda alguna mi objeto,
y dejándonos el alma
so lleva su hermoso cuerpo,
por que no salgan al rostro
ni rubores, ni deseos.
Se aman y ya es preciso
que su amor solemnicemos:
vengo á pedirles la mano
de Pilar para mi Alfredo.
ELENA. Ay, Duquesa!
DUQ. Mi esperanza
me la asegura ese acento,
pues sé que al hombre más digno,
sin cierto dolor inmenso,
nunca otorga buena madre
ángel que tuvo en su seno.
ALFONSO. Es una honra, señora,
que acaso no merecemos...
DUQ. No le puedo consentir
que acabe su pensamiento.
Que mi hijo es digno y honrado,
rico, duque, lo concedo;
pero otro tanto es Pilar,
puesto que no es un defecto
venir de padres que legan
la nobleza de sus hechos,
á falta de cualquier título,
en millares de recuerdos.
Mucha virtud, mucho amor,
nombre limpio es lo que quiero,
y todo á Pilar le sobra
si es que en esto cabe exceso.
ALFONSO. Ah, señora!
DUQ. Sí, Alfonso;

de las familias espejo
son ustedes, y no pudo
elegir con más acierto
mi Alfredo.

ALFONSO. Algo hay que empaña
el cristal límpido y terso,
á que segun usted dice
sirve de marco este techo.
(Se levanta y mira sigilosamente por la puerta por donde se fué Pilar, cambiándose mientras realiza este movimiento las dos frases siguientes.)

DUQ. No alcanzo... (Á Elena.)

ELENA. Mi buena amiga...

ALFONSO. (Volviendo á sentarse con aspecto grave y misterioso.)
Su bondad y su talento
excusarán que hasta hoy
guardáramos un secreto,
que sólo tiene interés
para quien dá el paso sério
con que hoy usted nos ha honrado
en su nombre y el de Alfredo.
Sea el que quiera el partido
que tome usted al saberlo,
de su nobleza esperamos
el más profundo silencio.
Sí, Duquesa, fuera impío
arrancar de un tierno pecho
la ilusion de que es su madre
(Señalando á Elena.)
quien le ha dado amor materno.

DUQ. ¿Pilar no es hija de Elena? (Con asombro.)

ELENA. Mas de tal modo la quiero
que prefiriera la muerte
á que ella al darme sus besos
no me diera toda el alma
como quien la da á su dueño.

ALFONSO. *Hija natural* es mia,
y ese corazon tan bueno (Por Elena.)
al unirnos la aceptó
con tal amoroso extremo,
que ha crecido entre nosotros

como nuestra.

ELENA. (Ap.) (Santo cielo,
perdona que así se nieguen
lazos que creas eternos.)

DUQ. Salgo apenas de mi asombro:
se hallaba esto tan lejos
de mi ánimo...

ALFONSO. Señora,
vea usted si con razon
dije que acaso no éramos
acreedores á la honra...

DUQ. Desgracia es que lamento;
pero al deseado enlace
hostil no me hago por ello,
si bien creo que conviene
buscar un aplazamiento.
Sólo veintitres años
tiene mi hijo: yo puedo
mandarle á viajar ahora:
que á España vuelva en cumpliendo
la mayor edad, y entónces,
con saber y juicio plenos,
que por sí solo resuelva
el problema no pequeño
que en su vida se presenta.
Para ello cualquier pretexto
puede servirnos: que ustedes
no consienten, por ejemplo,
que siendo Pilar tan niña
se engañe en sus sentimientos,
y tome un pueril antojo
por un amor verdadero.

ELENA. Es muy prudente.
(Como queriendo contener el enojo de Alfonso.)

ALFONSO. Lo es
sin duda alguna el consejo,
y aunque en él agravio hubiese
fuerza sería no verlo:
quede, pues, como aceptado
por definitivo acuerdo.
Y es claro que la reserva
encarecerle no debo.

DUQ. (Levantándose para irse.)
Seguro esté de que yo
no he de romper el misterio
que entre Pilar y su esposa
hace entrañables los besos.
Y crean que aguda pena
dentro del pecho me llevo,
por no dejar concertado
el dia cercano y cierto
en que se hubieran unido
la hermosa Pilar y Alfredo.
ELENA. Bueno es que al juicio y la edad
les dé más sazon el tiempo.
(Los últimos versos deben decirse cerca ya de la puerta del foro, por donde desaparece Elena con la Duquesa como para despedir á ésta.)

ESCENA X.

ALFONSO, que desde el foro atraviesa la escena para irse por la puerta de la izquierda, por donde se fué Pilar.

Aunque buena, me ha ofendido;
pero ¡bah! mayor agravio
toleré á mi propio labio
mintiendo come he mentido.
La realidad disfrazada
hace un problema su boda:
si digo la verdad toda
¡pobre niña enamorada!
Ah, mundo, mundo inclemente,
¿cuándo verás el honor
tan solo en ese fulgor
que lanza una pura frente? (Váse.)

ESCENA XI.

ELENA y el CRIADO 1.° Aquella vá á cruzar la escena lo mismo que Alfonso, y el Criado, que aparece inmediatamente detrás de ella, la detiene.

ELENA. (Lastima el aplazamiento

y nueva inquietud despierta;
pero al fin no es una abierta
oposicion, y ya aliento.)

CRIADO. Señora.

ELENA. Qué?

CRIADO. Yo no sé
si habré acertado ó si no.
Ha poco un señor me dió
esta carta para usté
encargándome el secreto
y el sigilo.

ELENA. ¿Y se propasa?...
Pues al señor de esta casa
la ha de entregar.

CRIADO. (Ap.) (¡Buen aprieto!)

ELENA. Él dará contestacion
poniéndole á usté en la calle.

CRIADO. (Á no ser que en ira estalle
y me rompa algun alon.
Si buena me parecía.)

ELENA. (Indicando la habitacion donde supone que está Alfonso.)
Vamos.

CRIADO. Por piedad, señora,
no me obligue...

ELENA. Sin demora.

CRIADO. Pero si no es culpa mia:
yo rehusaba, pero el tal
señor me gasta un imperio...
y aseguró que el misterio
no lo llevaría usté á mal.

ELENA. (Ap.) (¡Qué sospecha!)

CRIADO. Yo soy fiel,
son honrado....

ELENA. (Tomando la carta.) Bien: ¿quién sabe?
quizá algun asunto grave
que yo debo... (¿Será de él?)
(Váse el Criado obedeciendo al ademan de Elena, realizado, como es natural, ántes de la última frase.)

ESCENA XII.

ELENA.

¡Qué cobarde es el delito!
de todo teme y recela.
¿Por qué el corazon me hiela
este nécio manuscrito
que de algun nécio será?
Si fuera de él no vendría
de este modo.
(Abre la carta precipitadamente, lee, y exclama.)
¡Vírgen mia!
¡su letra!... ¡sí!... ¡aquí está
su firma! Nombre maldito,
tú despiertas mi conciencía:
en mí está la inocencia,
en tí solo está el delito.
(Vuelve á leer y dice.)
Me vió en el Real... lo sé.
me lo dijo el que no miente. (El corazon.)
Si él envenena el ambiente
y yo muerte respiré.
(Despues de volver á leer.)
¡Una entrevista los dos
á solas!... ¡ah suerte impía!
(Al leer por última vez.)
¡Me amenaza! ¡nos expia!
¡imposible huir! ¡gran Dios! (Pausa.)
Ciego Alfonso querrá ir
á que decida un acero...
¡Dios mio, no!... si yo muero
se evita... sí, con morir
puedo salvarte, hija mia,
de mayor pena: tú irás
á verme y tú llorarás
con él en mi tumba fria.
(Se desploma en un asiento junto á la chimenea, arroja á ella la carta.)
Arde, escrito malhechor.

pues tu destino cumpliste
y á la víctima que hiciste
da siniestro resplandor
(Debe recibir en efecto un resplandor rojizo.)
Plazo breve! ¡cómo arredra!
pero ántes ¿por qué no ver
si le puedo conmover?
El agua horada la piedra:
el más duro corazon
no ha de ablandarse con llanto?
ampárame, cielo santo,
ó ¿no hay en tí compasion?

ESCENA XIII.

DICHA, PILAR y ALFONSO, que salen como en busca de aquella.

ALFONSO. Despidiéndose á la puerta
quedaron. (Desde dentro.)
ELENA. (Ap.) (Valor.)
ALFONSO. (Dirigiéndose al foro.) No sé...
(Al ver á Elena le dice aparte.)
¿Aquí llorando? ¿por qué?
¿no ha transigido? Estás yerta.
Si ya no existe el temor
de una oposicion impía.
ELENA. Tienes razon.—Hija mia. (Abrazándola.)
PILAR. No sufras: si es lo mejor. (Á Elena.)
para mí bien habeis hecho:
la razon no se me alcanza;
pero con una esperanza
tiene bastante mi pecho.
Lloro, pero no es por él,
ni porque se haya de ir,
lloro de verte sufrir.
ELENA. Bien mio.
ALFONSO. (Ap.) (Mundo cruel.)

ESCENA XIV.

DICHOS y ALFREDO, que ántes de acabar la anterior escena entra por el foro y contempla un momento sin ser visto el llanto de Pilar.

ALFONSO. Hola, Alfredo.
ALF. ¿No es verdad
que llego en hora propicia
á probar que no es justicia
su acuerdo, sino crueldad?
ALFONSO. ¡Crueldad?
ALF. Sí, ¿qué otra cosa?
¿Ese llanto, á qué obedece?
Pues causarlo me parece
que no es accion muy piadosa
no existiendo fundamento
razonable.
ALFONSO. La prudencia
lo aconseja.
ALF. ¿Y en conciencia
lo dice usted?
ALFONSO. Yo lo siento,
pero sostengo en un todo
lo que hace poco...
ALF. Ya sé.
Elena ¿tambien usté?...
ELENA. Tambien, Alfredo.
ALF. De modo
que no es amor verdadero
el que en pecho virginal
por una ley natural
brota expontáneo el primero.
Pero tú, Pilar, ¿qué dices?
¿es tu cariño ilusion?
ó ¿fibras del corazon
sientes que son sus raices?
PILAR. Digo que Dios me lo ha dado
y me lo ha hecho comprender,
y que no puedo creer
que mi Dios me haya engañado!

que de mi madre el ejemplo
si no muero he de seguir,
y que juro que he de ir
con mi amor primero al templo.

ELENA. ¡Infeliz! No puedo mas.
(Aparte cayendo desplomada en el asiento que tiene detrás.)

ALFONSO. Elena ¿qué te sucede?

PILAR. Madre mia.

ELENA. No... ya cede...
sí... fué un mareo.

PILAR. Jamás
te ha sucedido.

ELENA. (Levantándose para irse.) No es nada,
pero voy... siento frio...
dispénseme. (Á Alfredo.)

ALF. Oh!
(Como si dijera «nada tengo que dispensar.»

PILAR. Dios mio!
¡qué será? si estás helada.
(Vánse Elena y Pilar.)

ESCENA XV.

ALFONSO y ALFREDO.

ALFONSO. Me inquieta... si me permite...

ALF. Vaya, sí.

ALFONSO. Me dá cuidado...

ALF. Será que la habrá afectado...
yo siento... Mas que medite
(Disponiéndose para irse.)
le ruego y que al fin enmiende
su resolucion.

ALFONSO. (Desde la puerta por donde se fueron Elena y Pilar.)
Alfredo
ni debo hacerlo, ni puedo. (Váse.)

ESCENA XVI.

ALFREDO.

Cosa es que no se comprende:
pero ¡ah! si no hay engaños
en el amor de Pilar,
ni yo he de irme á viajar,
ni hemos de esperar dos años. (Váse.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior

ESCENA PRIMERA.

PILAR y ALFONSO, éste se halla sentado leyendo y aquella entra, se acerca á él y le dá un beso.

ALFONSO. ¿Qué hace mamá?
PILAR. ¿Qué ha de hacer?
Si estoy triste se lamenta;
si digo que estoy contenta
creo que peor viene á ser.
Una lágrima surcó
de repente su mejilla,
levantóse, á la capilla
se fué y allí se encerró.
ALFONSO. Son sus manías, Pilar:
la oracion y la tristeza.
PILAR. Manías que con firmeza
se las debemos curar.
ALFONSO. Sí, que aunque me llames loco,
me vá cansando á mis celos
que hable tanto con los cielos
y con nosotros tan poco.
PILAR. Yo la diré, aunque se ofenda,
que aprenda en mí á ser sufrida;

porque al fin, yo soy la herida
y ella se pone la venda.

ALFONSO. La pobre te quiere tanto,
que el contrariar tu gusto
le dá inmensa pena.

PILAR. Justo,
y me consuela con llanto.
(Alfonso vá en este momento como á dejar el libro que leía.)
¿Qué libro es ese?
(Despues de verlo por habérselo enseñado Alfonso.)
Creí
que era tu favorecido.

ALFONSO. ¿Cuál?

PILAR. Ese otro parecido,
que está encuadernado así,
que tanto lees, titulado:
«Reformas legislativas.»
¿Quién no diría que ibas
á estudiar para abogado?
Allí el Código penal
y leyes de no sé qué,
y otras que tampoco sé...
Me dió una un chasco!

ALFONSO. ¿Sí? ¿cuál?

PILAR. Me puse á hojearlo un dia
y ví escrito en un renglon:
«Recurso de casacion.»
Francamente, que hablaría
pensé yo de casamientos,
de bodas la ley aquella,
mas no encontré en toda ella
ni novios, ni juramentos,
ni curas, ni Vicaría.

ALFONSO. Á esas cosas tan ajeno
es lo que leiste.

PILAR. Bueno;
pero es el caso que había
otra ley más adelante
y que aprendí yo una cosa.

ALFONSO. No aprendas leyes, hermosa,
si no quieres que te espante

de algunas la iniquidad.

PILAR. Por qué entónces tu aficion
á leer?...

ALFONSO. Tienes razon.
Ingrata curiosidad;
que de indignacion me ciego
muchas veces, y quisiera
que la ley arista fuera
y mi pensamiento fuego.

PILAR. Que hubiera no pensé yo
unas leyes tan injustas.

ALFONSO. Las hay.

PILAR. Pues te disgustas,
doblemos la hoja.

ALFONSO. No,
las hay muy buenas tambien
y además... Dí ¿qué aprendiste?

PILAR. No, nada.

ALFONSO. Sí... me dijiste...

PILAR. Una tontería.

ALFONSO. Bien.

PILAR. Que en lo otro que leí,
que del matrimonio hablaba,
vi una cosa que ignoraba,
y en verdad me sorprendí:
que lo pueden contraer,
permíteme que me asombre,
de catorce años el hombre
y á los doce la mujer.

ALFONSO. Y yo infiero, sin ser lince,
que me quieres preguntar:
¿Por qué se ha de dilatar
mi boda si tengo quince?

PILAR. No señor, yo ya os he dicho
que á ello me avengo gustosa.
Para mí nunca fué odiosa
la ley de vuestro capricho.

ALFONSO. (¡Hija de mi alma!)

PILAR. Pero,
eso sí, lo que quisiera
es que Alfredo no se fuera
á viajar al extranjero.

¿Qué razon?...

ALFONSO. Créeme, hija mia.
á él le conviene ilustrarse,
y él mismo para casarse
es muy jóven todavía.
Á veces la ceguedad
de falsa ilusion primera
para la existencia entera
labra la infelicidad.
No te apenen mis consejos.
que será verdad su amor;
pero, Pilar, es mejor
que venga por tí de lejos.

ESCENA II.

DICHOS y ELENA que sale por la lateral, segundo término.

ELENA. (Ap.) (Haz que se vayan, Dios mio.)
(En voz alta.) Mirad, se despeja el cielo,
y vá á quedar un gran dia,
podeis ya ir de paseo.
Quiero que salgas, Pilar,
que llevas ya mucho tiempo...

PILAR. Pero has de venir tambien.

ALFONSO. Justamente.

ELENA. Vano empeño:
ni á mí salir me hace falta,
ni hoy siento gana... Dispuesto
teneis el coche; os suplico
que me deis gusto.

ALFONSO. Con ruegos
pienso yo que tú gobiernas
la tierra como los cielos.
Mas falta te hace salir
que á la misma Pilar.

ELENA. Bueno;
pero yo saldré otro dia.

ALFONSO. Nunca será.

ELENA. Lo prometo.
(Á Alfonso en voz baja.)

Llévala; vé que conviene
distraer sus pensamientos,

PILAR. Pero, mamá...

ALFONSO. Déjala;
vete á poner el sombrero;
iremos los dos solitos.

ELENA. (Ap.) (Gracias, señor, aunque siento
que huye el valor.)

ALFONSO. (Ap. á Pilar.) (Viene bien;
en este instante recuerdo
que sus dias son mañana,
así comprarla podemos
sin que lo sepa...)

PILAR. Es verdad.
(Ap.) (Hay tiempo; él vendrá luégo.)
(Váse por la lateral, segundo término.)

ESCENA III.

ELENA y ALFONSO.

ALFONSO. Por piedad, mi amada Elena,
dá á tu espíritu sosiego,
y no hagas que por castigo
se torne lo fausto adverso.
Existe ménos razon
y es mayor tu desconsuelo.

ELENA. ¡Ménos razon!

ALFONSO. Ó ninguna.
¿Crees por ventura que Alfredo
de unirse á Pilar desista?
¿Qué importa el aplazamiento?
Ella tranquila lo acepta,
y aunque padezca en secreto
sus penillas amorosas,
no son para tanto duelo.
Vé que yo soy razonable,
y que como tú la quiero,
que por ahorrarle un suspiro
daría una vida y ciento.

ELENA. ¡Ay, si su dicha tuviera
solo de mi vida el precio!

ALFONSO. Muriendo la comprarías.
pero no sin el aumento
de precio que yo pusiera
contigo á la par muriendo,
que, por no ser nada, yo
sin tu alma, sin tu cuerpo,
sin tí, no pueden tenerme
infierno, tierra, ni cielo.
ELENA. Alfonso mio. (Echándole los brazos.)

ESCENA IV.

DICHOS y PILAR.

PILAR. Eso es:
á él abrazos placenteros
y á mi bañados en lágrimas
tus cariños y tus besos.
ALFONSO. No vinieron de otra suerte
los abrazos.
ELENA. (Ap.) (Dios eterno.)
ALFONSO. (Á Pilar.) Te digo que es ya demencia...
ELENA. De ternura... si comprendo...
no hagais caso...
(Á Pilar, besándola ó arreglándole el sombrero.)
Vamos, ven.
Que os bajeis y deis paseos;
pero muchos, no os volvais
en seguida.
PILAR. Bueno, bueno.

ESCENA V.

ELENA desde el foro.

¡Con qué traidora falsía
los alejo de mi lado!
¿Por qué siempre, Dios amado,
al bien la verdad no guía?
(Inclinándose como para oir hácia el balcon de la derecha.)
Ya parten... Sordo ruido

del coche, cómo parece
que cual tú se desvanece
la luz ~~en~~ de un eden perdido!
¿Hice bien? Sí, Alfonso amado;
si á ocultártelo no acierto
á estas horas yaces muerto
ó en la cárcel deshonrado.
Si no le doy una cita
estando tú se presenta,
y ruge igual la tormenta
y el rayo se precipita.
¿Yo morir? ¡ah, dulces lazos!
os cortaré si es preciso
más ¿qué náufrago no quiso
tabla que tuvo en sus brazos?
¡Quién sabe? ¿por qué no verle?
Pero aquí, bajo este techo
que dá fuerza á mi derecho
y facilita el vencerle.
Sí, Dios mio, cuanto ántes:
ya estará el vil en espera
imaginando cual fiera
sus víctimas espirantes.
(Se asoma al balcon.)
Ah, sí, la señal aguardas
con aspecto de verdugo.
(Anudando las cortinillas del balcon.)
Pues al destino le plugo,
débil mano ¿por qué tardas?
(Separándose del balcon con resolucion y energía.)
Alma mia, fortaleza
y esperanza, sí, que viene
por los senderos que tiene
en el mundo la vileza.
Confio: si es muy probable,
si es sin duda su intencion
explotar la situacion
lucrándose el miserable.
No será raro ejemplar,
que otros hay de tal jaez,
y es llana esa avilantez
para quien supo robar.

ESCENA VI.

DICHA y ENRIQUE que entra por el foro, despues de anunciarle el CRIADO 2.° mediante una tarjeta que presenta á ELENA en un tarjetero y que esta recoge.

CRIADO 2.° Señora.
ELENA. (Ap.) (Valor.)
(Al Criado en voz alta) Que pase.
ENR. No pensabas, por mi vida,
cara esposa engrandecida,
que Enrique á España tornase.
ELENA. La causa de mi grandeza...
ENR. No te abones; si me halaga,
si mi espíritu naufraga
donde no hay brillo y riqueza.
ELENA. (Ap.) (Miserable.)
ENR. Pero, ¿quién
me dijera que la hermosa
de aquel palco era mi esposa?
Al saberlo, el parabien
te aseguro que me dí.
Tu mudanza y veinte años
me hicieron tornar á engañ os
mis recuerdos.
ELENA. ¡Ah!
ENR. Volví
al mismo turno, lo dígo
con verdad, por admirarte;
no tuve el gusto de hallarte,
más supe por un amigo
tu nombre y el *de tu esposo,*
tu virtud acrisolada...
ELENA. Faltaste á la fé jurada
del modo más alevoso.
Si guardarla debí yo,
es un problema profundo:
sin duda que si ante el mundo,
ante Dios acaso no.
Pero, aunque yo delinquiera,
vicio ó virtud no es un hecho,

es la brújula de un pecho
durante una vida entera;
y yo siempre el bien busqué
por noble atraccion movida:
habrá una mancha en mi vida,
pero con virtud la honré.

ENR. De tu virtud, fiera estás.
Me marché, te lo confieso,
de suerte que mi regreso
no era de esperar jamás.
Mas vé, ántes que mis acciones
pretendas echarme en cara,
que nadie en nada repara
cuando mueven las pasiones.
Aunque yo me porté mal
y abandonada te viste,
es lo cierto que debiste
guardar la fé conyugal.
Pero amorosa pasion
del pecho avivó el latido
y al punto diste al olvido,
ley, honor y religion.

ELENA. Luché.

ENR. Pero la victoria
vino á ajustarse al deseo.
Lucharías, bien lo creo,
es la universal historia.
Yo tambien sostuve lucha
con la pasion de riqueza
que abrasaba mi cabeza.

ELENA. Hay diferencia.

ENR. No mucha.
El abandono á la hermosa
no la mató, como ves,
y mi buen hermano Andrés
se amoldaba á cualquier cosa.
¿Qué eran unos pocos miles?

ELENA. Su fortuna.

ENR. Más tenía.
¿Qué tus joyas? Yo podía
hacer mi suerte.

ELENA. De viles

eres asombro.

ENR. Tu has sido...

ELENA. Tu esposa: ¿qué puede haber
peor para una mujer
que haberte pertenecido?

ENR. Con soberbia que te exalta
das tirantez á la cuerda,
más que ésta siempre recuerda
por lo más delgado salta.
Vé que somos parecidos
en moral, y que en poder
y en derecho, es la mujer
esclava de los maridos.

ELENA. ¿Qué pretendes?

ENR. Lo sabrás.
Pero ántes calma recobra,
sin hacer de Dios tu obra,
la ~~union~~ mia de Satanás.
Son las dos bien naturales
y de humana condicion:
dimos rienda á una pasion:
tratemos, pues, como iguales.

ELENA. ¡Iguales! Nos llama á gritos
en ese caso el infierno
para dar al tiempo eterno
raza de seres malditos.

ENR. ¡Já, já, já!

ELENA. Así es la risa infernal.

ENR. Pobre Elena, tú estás loca
y á esta risa me provoca
tu locura original.
En maldad crees tú tal vez
que del humano linaje
soy excepcion... No hay ultraje
donde hay tanta candidez.
Hice yo, no me sonrojo,
lo que todos ~~habrán~~ habrian hecho
con igual afan al pecho
y teniendo el mismo arrojo.
El que anhela con vehemencia
siempre su anhelo realiza;
cuando no, es que esclaviza

el temor ó la impotencia.
Por pureza de intencion
nunca verás accion justa;
ó es porque la pena asusta,
ó por miedo á la opinion.
Tú en el amor, yo en el oro,
vimos la felicidad,
no obsta el fin á la igualdad
si en los dos sufrió el decoro.
Y advierte que generoso
concedo, que *por amor*,
venciendo todo temor
elegiste al nuevo esposo:
que bien recuerdo quien era.
Por eso, al punto que oí
vuestros nombres, dije: sí,
ella es la niña hechicera
que dejé, y él es el hijo
del hacendado señor
de quien administrador
era D. Justo, de fijo:
se encontraron juventud
y hermosura con riqueza,
y un adios á la tristeza
le dieron, y á la virtud.

ELENA. Dime al fin lo que pretendes,
que aun siendo mujer pagada,
ántes que verme abrasada
por la vergüenza que encíendes
en mi sér con tu cinismo,
la muerte á voces pidiera:
habla al fin, dime que muera,
abre de una vez ~~un~~ mil abismo.

ENR. Pues desecha ese pavor,
que en matarte no he pensado.

ELENA. Lo sé, matar fuera honrado;
matan los hombres de honor.

ENR. Lograste al fin encender
vengativos sentimientos;
mejor, así á mis intentos
aguarda un doble placer,
pues veré á un tiempo logrados

mi venganza y mi capricho.
ELENA. Perdóname lo que he dicho,
ten compasion. Separados
por el ódio, ¿acaso quieres
que la fuerza nos reuna?
ENR. Jamás súplica ninguna
escuché de las mujeres:
no he de oirte, tú á mí sí,
para hacer lo que te exija.
ELENA. ¡Abandonar á mi hija,
esta casa? ¡unirme á tí?
ENR. Puedes evitarlo.
ELENA. Pide,
ponle precio á mi ventura,
rica soy.
ENR. ¡Qué locura!
Piensas comprarme! Lo impide
una fatal circunstancia,
que mi fortuna es más fuerte
que la tuya, que la suerte
en mí colmó la abundancia.
ELENA. Pues ¿qué infernal intencion?...
ENR. No te espantes, cara esposa,
si bien estás más hermosa
en tu trágica expresion,
que no es infernal mi intento:
cierta generosidad
verás en él y aún bondad.
ELENA. Dale al fin al pensamiento,
ya que no al alma reposo.
Acaba.
ENR. Sí, Elena mia.
Tu constante ~~conste~~ compañía
por ser legítimo esposo
pudiera yo reclamar.
ELENA. Ah!
ENR. Pues bien; compadecido
yo concedo á tu... marido
que te pueda conservar
á su lado. Mas... la fama
hombre excepcional me llama...
ELENA. ¿Qué dirás?

ENR. Que apasionado
por el lujo y la hermosura,
ver quiero en mis ricas salas
destacarse entre sus galas
tan acabada escultura.
No solo bajo este techo
ha de lucir tu belleza.
ELENA. ¡Que á tan infame bajeza
le preste apoyo un derecho!
ENR. Y apoyo firme.
ELENA. Te engañas.
No existe ley ni poder
que degrade á una mujer
si hay vergüenza en sus entrañas.
De mi hija los tiernos brazos
santificaron mi seno,
y ántes que lo manche el cieno
sabré yo hacerlo pedazos.
ENR. Sigue, sigue y provoca
á mi voluntad potente,
que me gusta ser torrente
y chocar con dura roca.
Mi deseo de tal suerte
creció con tu resistencia,
que sólo ya á su violencia
puede oponerse la muerte.
ELENA. Pues encontrará ese dique
de espantoso y mudo hielo.
ENR. Pues que renuncie á un anhelo
jamás lo esperes de Enrique.
Te codicié y me casé,
quise oro y lo adquirí;
¿fué necesario? fingí.
¿hubo que luchar? maté.
Nunca temor ni razon
hallé que á mí me estorbara;
sería, pues, cosa rara
que hoy llegára la excepcion.
ELENA. Aunque escucharte me aterra,
ya no dá asombro á mi mente,
ya me asombra solamente
que te sostenga la tierra.

ENR. Pues recobrarás la calma,
y por sencillo tendrás
lo que te exijo.
ELENA. Jamás.
(Se inclina como quien oye, se acerca al balcon y dice.)
¡El coche! Disponte alma
á lo inconcebible.
(Acercándose á Enrique é indicándole la lateral, segundo término, para que se marche por ella.)
Él es:
ven por Dios.
ENR. Aquí le espero
si no me juras primero...
ELENA. Juro todo: tú no ves
que vuestro choque me espanta,
y por evitarlo diera
mi salvacion? Ven y fuera
sal por allí. ¡Vírgen santa!
ENR. ¿Me verás mañana?
ELENA. Sí.
Pero pronto... por piedá...
(Señalando el interior de la habitacion, segundo término izquierda.)
salida esa puerta dá:
vete cuando entren aquí.
ENR. Cedo al fin; pero ay! si miente
la infiel!
ELENA. No.
ENR. Si tú no has ido
á las doce, yo asistido
vendré de juez competente.
ELENA. Juro que iré, mas por Dios...
siento que llegan.
ENR. Repara
que mi venganza os depara
una cárcel á los dos.
(Váse por la indicada puerta.)

ESCENA VII.

ELENA, ALFONSO y PILAR.

Elena ha quedado junto á la puerta por donde ha desaparecido Enrique, queriendo correr el portier, que no debe correr del todo, revelando una profunda agitacion. Pilar, despues de decir los dos primeros versos desde el foro, acude á su madre al verla emocionada, y mirando entónces hácia el interior del gabinete, dice con la natural sorpresa su tercera frase.

PILAR. El cielo se ha arrepentido
y hubo que volverse á casa.
¿Mas qué tienes? ¿qué te pasa?
ELENA. Nada.
PILAR. Qué? ¡Un hombre ha huido?...
ELENA. Calla, hija, por piedad,
no lo digas á tu padre.
ALFONSO. Hénos de vuelta. (Dejando el sombrero.)
PILAR. (Ap. y con cruel sospecha.) (¡Mi madre!)
ALFONSO. ¿Qué es eso?
(Á Pilar al verla emocionada y con las manos puestas en el corazon.)
ELENA. (Ap.) (¡Dios de bondad!)
PILAR. Un repentino dolor
que aquí me ha herido de muerte.
ALFONSO. Pero, hija mia, tan fuerte?...
PILAR. No lo concibo mayor.
ELENA. (Ap.) (Me juzga infame!)
ALFONSO. Hija mia,
eso es nervioso, no es nada.
¿Y tú estás anonadada? (Á Elena.)
bah, bah, bah, ¡qué tontería!
si en el corazon no tiene
nada de extraño un dolor...
Pero llamaré al doctor
y ya vereis cómo viene
y se rie de mi afan.
PILAR. No.
ELENA. Hazlo, sí.

ALFONSO. Al momento.
(Ap.) ¿Los daños del sentimiento
su corazon dañarán?
(Váse por la lateral, primer término.)

ESCENA VIII.

ELENA y PILAR.

ELENA. ¿Que soy traidora á tu padre?
¿eso dice tu razon,
sin gritar tu corazon
que es calumniar á tu madre?
PILAR. No, madre mía: aquí siento (El corazon.)
tu santidad, tu inocencia:
perdona si la apariencia
me hundió en sombras un momento.
ELENA. Revístete de valor.
PILAR. Habla, que tengo sobrado,
cuando ántes no me ha matado
el pensamiento traidor.
ELENA. Es muy cruel.
PILAR. Más cruel
es, de fijo, mi ansiedad.
ELENA. De una terrible verdad
oye ántes la historia fiel:
Más bien, por niña inocente
que por niña enamorada,
al velo de desposada,
prestó una mujer su frente:
no amor, apetito ciego
vió primero en el marido!
despues, hartura y olvido;
traicion y crueldades luego:
robando al fin á un hermano,
al par que á la desgraciada
con la fortuna robada
desapareció el villano:
ella, durante año y medio,
junto á su padre lloró
y de hombre digno sufrió

noble, pero estrecho asedio:
huérfana, sola en la tierra
se quedó, siguió luchando,
pero el amor fué minando
su alma en aquella guerra:
rindióse al fin...

PILAR. ¡Desdichada!

ELENA. ¿La compadeces?

PILAR. ¿Quién no?

ELENA. Pues fué una infame; debió
vencer y morir honrada,
Á extraños perjuicio traen
otros actos de fiereza;
pero culpas de impureza
en los propios hijos caen.

PILAR. (Revelando que adivina el secreto.)
¿La infeliz, quién era? dí.

ELENA. Hija de mi alma... yo.

PILAR. Y el infame... ¿el que salió?
y mi padre... ¿el bueno?

ELENA. ¡Ah, sí!

PILAR. Pues yo te bendigo, madre,
porque me trajiste al mundo
á gozar tu amor profundo
y el de mi adorado padre.
¿Y lloras?

ELENA. Culpable soy.

PILAR. Por ley que rige en el suelo;
pero yo vengo del cielo
y mi bendicion te doy.
Si yo estuviera en la nada,
¿valdría tu fortaleza
este rayo de pureza
que forma nuestra mirada?

ELENA. Pero, ¿y tú desgracia?

PILAR. ¿Cuál?
Dí que no es tuya mi vida,
dí que su sangre querida
no es la que forma el raudal
que siento en mi corazon,
y me sobra todo, ambiente,
aire, luz, espacio, mente,

sangre, latidos, razon:
pero, vuestra mi existencia,
mi mal es dicha que exalta,
porque siento que me falta
para el placer resistencia,
espacio, luz para ver,
corazon para sentir,
latidos para vivir
y tiempo para querer.

ELENA. Pero sin legal sancion...

PILAR. Soy flor de agrestes amores:
me sobra lo que á esas flores,
que es del mundo la opinion.

ELENA. Hija mia! Si él lo vé,
ó sabe en Madrid se halla,
hay un desastre.

PILAR. No, calla,
que yo tambien callaré.

ELENA. Á los veinte años cumplidos
el malvado hoy se presenta..
(Ap.) (Qué decirle?)

PILAR. Mas ¿qué intenta?

ELENA. No temas: ciertos bandidos
tienen complacencias viles:
vino sólo por antojo,
por darme susto y sonrojo
y ver mis ánsias febriles,
por gusto de oir mi ruego
y por dispensar la gracia
de no traer la desgracia
á este hogar tan triste.

PILAR. Luego
no pretende separarnos.

ELENA. Ni podría, aunque quisiera.

PILAR. Ya lo sé, para eso fuera
preciso ántes matarnos.

ESCENA IX.

DICHAS y ALFONSO que sale por la lateral, primer término, con una carta cerrada en la mano.

ALFONSO. Ea.

PILAR. No ¡qué disparate!
si ahora en compensacion
parece que el corazon
á gusto cual nunca late.
Fué tan fugaz; no fué nada;
tienes razon, se reirá.
ALFONSO. Pues cuidado á mí me dá
verte ahora tan mudada.
Creo que de accesos nerviosos
eres víctima, Pilar,
porque sufres sin llorar
tus nublados amorosos.
Pasarán; pero entretanto
quiero llores sin rubor;
y quiero venga el doctor
por si no te cura el llanto.
PILAR. No, papá.
ALFONSO. Sí.

(Toca el timbre y se dirige al foro, donde aparece un criado. Mientras Alfonso aparenta que dá á dicho criado instrucciones sobre la carta que le entrega, Elena, viendo que Pilar ha quedado pensativa al recordarle su amor, sostiene con ella en voz baja y con viveza el diálogo siguiente:)

ELENA. Por tu mal
ahora vé tu pensamiento...
PILAR. Pero, ¿á qué el aplazamiento?
ELENA. Como hija natural
de él figuras.
PILAR. ¡Yo negarte?
ELENA. Ya hemos dicho que lo eres
á la Duquesa.
PILAR. ¿Y me quieres?
ELENA. Era el modo de salvarte.
PILAR. Ah, no! ¿Y á él?
ELENA. Él lo ignora.
PILAR. Y ella qué dijo?
ALFONSO. Ligero.

(Al Criado en el momento de desaparecer el mismo. Pilar y Elena simulan continuar el diálogo. Alfonso mira hácia adentro desde la puerta del foro como si observara algo y dice aparte:)

Alfredo, sí... Ah, no quiero
que delante de ella ahora
me obligue á ratificar
mi *no* forzado y cruel:
solo al menos sea con él.
(Diciendo este verso se dirige resueltamente á la lateral, primer término, añadiendo al paso á Pilar:)
Conque lo dicho, Pilar.

PILAR. (A Alfonso, muy cerca de la indicada puerta, echándole los brazos.)
Si mi pena y mi alegría
sois vosotros.

ELENA. (Ap.) (Estar sola
necesito.)

ALFONSO. (Ap.) (¿El mundo inmola
seres cómo éste?) (En voz alta.) Hija mia,
tengo que hacer.
(La dá un beso y se vá por el primer término, sin apercibirse de que Elena se ha ido un momento ántes por el segundo.)

ESCENA X.

PILAR y ALFREDO que entra por el foro y que habla con vehemencia creciente.

PILAR. ¡Él! ay, Dios!

ALF. Sola tú, ventura inmensa!
Así medios de defensa
concertaremos los dos. (Pausa.)
Triste, si, porque me quieres
y justa pena te abate...

PILAR. Seré buena, aunque me mate:
sabré cumplir mis deberes.

ALF. Los de amante.

PILAR. Y los de hija.

ALF. No amas.

PILAR. Ah!

ALF. No te escudes:
cuando quiero que me ayudes
protestando, pones fija
en deberes de humildad

tu mirada: si me amaras
en mi empeño me ayudaras.
Viví engañado.

PILAR. Es verdad.

ALF. Qué dices?

PILAR. Que en mí hubo engaño
si dí á entender que podía
rebelarme yo algun dia
contra mis padres.

ALF. ¡Qué extraño
modo de hablar!

PILAR. ¡Te sorprende!
Pues hay más... Un cambio hondo
se ha realizado en el fondo
de mi ser.

ALF. Mira que pende
toda un alma de tu boca,
que si sigues de esa suerte
vas á causarle la muerte
ó la vas ó volver loca...
¿Qué ibas á decir, Pilar?
¡Qué distinta me pareces!

PILAR. Y lo soy.

ALF. Me enloqueces.

PILAR. Porque no dejas hablar.

ALF. ¿Por qué lloras?

PILAR. Yo no sé.

ALF. ¿Por qué, Pilar?

PILAR. Porque siento
vergüenza, romordimiento,
mucha pena.

ALF. Más, por qué?

PILAR. Por lo que á decirte voy.

ALF. Por piedad, Pilar, acaba.

PILAR. Ayer, cual niña pensaba,
como mujer pienso hoy.
El motivo recordé
en que mi padre se funda,
y en meditacion profunda
mi amor á juicio llamé.
Perdona, templa tu enojo...

ALF. De tus palabras, ¿qué infiero?

PILAR. Que mi amor no es verdadero:
fué sólo un pueril antojo.
ALF. Eso no es cierto: mentira...
PILAR. (Ap.) (Dios mio!)
ALF. Si no concibo
que lo escuchara yo vivo.
Lo que hay, es que álguien conspira
contra mí traidoramente.
Más juro...
PILAR. Juro ántes yo,
que nadie me aconsejó
contra tí.
ALF. ¡Estoy demente?
Entónces lo que dijiste...
PILAR. Por cierto debes tenerlo.
ALF. ¡Si no es posible creerlo!
Por fuerza, Pilar, mentiste,
que no cae tan de improviso
en la culpa la inocencia.
PILAR. Si la culpa por herencia
la dá el mismo paraiso.
ALF. Si culpable, ¿por qué lloras?
PILAR. Remordimiento del daño
que viene á hacerte mi engaño
ALF. Y tus lágrimas traidoras,
crees que te disculpan? Dí.
PILAR. Piensa de mí lo que quieras.
ALF. Que no eres la que ántes eras.
PILAR. Por eso me porto así.
ALF. Entre el descaro y el llanto
aun no sé qué me pareces;
yo no sé si es que obedeces
á tus padres, ó que espanto
eres de maldad. De fijo
que hablando á ellos sabré...
(Quiere entrar por la lateral, primer término.)
PILAR. ¡Ah! no les hables. (Interponiéndose.)
ALF. Sí á fé.
PILAR. Por Dios.
ALF. No ruegues.
PILAR. (Con ademan solemne.) Lo exijo.
De mí yo sola respondo

y ellos merecen respeto.

ALF. Hay, Pilar, algun secreto
de lo que pasa en el fondo.
Me voy, mas no por dos años
cerca quedo por saber
cómo mata una mujer
con sus pérfidos engaños.
Y me voy, porque estoy loco,
porque si hablo deliro,
y te ofendo si te miro
y te mato si te toco;
porque no quiero llorar,
porque no quiero gemir,
porque si es que he de morir
quiero más horas, Pilar.
(Váse por el foro como fuera de sí.)

PILAR. Sobre el dolor sus agravios...
Contempla, madre, mi suerte:
desde hoy aquí la muerte
y la sonrisa en los labios.
(Se deja caer en un sofá.)

ESCENA XI.

PILAR, y ALFONSO y ELENA que salen sucesiva y respectivamente por las laterales de primero y segundo término. Aquella ha dicho los últimos versos entre sollozos que se convierten en risa nerviosa. Alfonso sale alarmado como si la hubiera oido. La risa debe durar hasta que caiga el telon.

ALFONSO. ¡Hija! (Llamando.) Elena. (Ap.) (¿Sola aquí?)
Hija mia.

ELENA. (Aterrada.) ¡Qué? Pilar.

ALFONSO. Si hay delito en este hogar,
señor, castígalo en mí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Despacho de Alfonso: primer término derecha, una mesa ministro: cerca de ella un balcon ó ventana que dá al jardin de la casa: al otro lado dos puertas: al foro otra que comunica con un ante-despacho, cuyo interior ha de verse en gran parte por el público. Ha de haber un reló. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

PILAR mirando por el balcon ó ventana.

Mi padre allí por mí siente,
y tú el jardin alborotas
con apasionadas notas,
pajarillo indiferente.
Huye, alado trovador,
llévate tus alegrías
que ya no puedo hacer mias.
háblale á otra de amor.

ESCENA II.

DICHA y ELENA que entra con aire trágico por el foro y que después de decir los dos primeros versos, nota con sobresalto y dolor la presencia de su hija.

ELENA. (Ap.) (No hay remedio, la hora llega:

mi seguro vá conmigo.)
¡Mi Pilar!

PILAR. ¿Te enoja el verme?

ELENA. Me avergüenza.

PILAR. ¿Y he de oirlo
de tus labios todavía?
Me harás llorar.

ELENA. No, bien mio,
no me robes fortaleza,
que hoy tenerla necesito.

PILAR. Hoy, ¿por qué?

ELENA. Siendo mi dia...

PILAR. Es que á veces desconfio
de tus palabras y temo
me ocultes algun peligro
con que nos cerque ese hombre
que tan malo fué contigo.

ELENA. De quien mintió tantos años
para dudar hay motivo.

PILAR. ¡Tú mentir! pues, ¿cuándo, madre,
pregunté yo á tu cariño
si para hacerme dichosa
le daba la ley permiso?
«¿Me quieres?» te preguntaba
y con un beso infinito
me contestabas, «te adoro:»
¿la verdad siempre no has dicho?

ELENA. No toda, que amor de madre
no tiene verbo ni signo.
(Ap.) (¡Qué prueba! sostente, ¡alma.)

PILAR. Pues, no existiendo peligros,
¿por qué tu pesar aumenta?
¿es que yo solo he nacido
para hacerte padecer?

ELENA. Para expiar mi delito.

PILAR. ¿Tú delito?

ELENA. (Con aire solemne y sentencioso, y cogiendo de una mano á Pilar.)
No lo dudes,
delito fué; y al olvido
jamás dés esto, hija mia.
Hasta en el mismo homicidio

hay disculpa si se mata
en defensa; pues Dios quiso
que se pudiera matar
de ese modo al asesino;
más ni en defensa suprema
caer será nunca lícito
á la mujer, que en un caso
se mata á un malvado vivo
y en otro á los que no existen;
se dá vida, para herirlos
tambien de muerte, y el cielo
no quiso que á un tiempo mismo
pudiera nunca una madre
dar vida y muerte á sus hijos.

PILAR. Eres muy cruel.

ELENA. Soy justa.

PILAR. No es justicia, eso es delirio,
que no muerte, sino vida
me has dado, que yo bendigo.

ELENA. (Ap.) (Ignoras lo que te agua rda.)
(En voz alta.)
No niegues tu sacrificio:
tu padre acaso conciba
la fábula que has fingido,
pero yo sé que tu amor
era pasion, no capricho,
y que por no ser traidora
con Alfredo, ni conmigo
heróica en tu pobre pecho
sepulcro hacerle has querido.

PILAR. Sí aquí he de guardarlo siempre
¿qué más dá muerto que vivo?

ELENA. Ilusion.

PILAR. No, de quien amo
la dicha sólo codicio:
con que sea feliz Alfredo,
con no ver entristecidos
á papá ni á tí, la tierra
es para mí un paraiso.
Y si yo tuviera penas
¡qué modo de darme alivio!
hoy tambien papá anda triste,

sin duda porque ha creido...
pero esto es ya demasiado;
¿cómo podré persuadiros?...

ELENA. (Ap.) (De aquí conviene alejarla.)
(En este momento se asoma al balcon ó ventana, se vuelve á su madre, y dice:)

PILAR. Míralo, vé qué sombrío,
su noble frente abatida,
en mí pensado, de fijo,
por el jardin se pasea.

ELENA. (Ap.) (Presentirá.)

PILAR. ¡Qué cumplido
caballero! hoy que debía
ser más atento contigo...

ELENA. Vé con él.

PILAR. No lo merece.
Eso sí, cual siempre fino,
su regalo acostumbrado...
(Pilar se acerca á su madre, y mira los pendientes de la misma.)
¡Qué bien te están! ¡qué bonitos!

ELENA. Vé con él, enséñale
esa planta que ha traido
el jardinero.

PILAR. Es verdad,
acaso no la habrá visto.
(Váse por el foro despues de besar á Elena.)

ESCENA III.

ELENA, que despues de una pausa, mira el reló de la chimanea, y dice:

¡Valor! ¡implacables horas!
ya los momentos precisos.
¡Del infortunio que llega
cuán ajeno, Alfonso mio!
(Váse por la lateral, segundo término.)

ESCENA IV.

PILAR y ALFONSO, que salen por el foro.

ALFONSO. ¿Cuándo no quise yo estar
contigo?
PILAR. Nunca hasta hoy,
eso es cierto, justa soy,
pero ahora...
ALFONSO. No, Pilar.
PILAR. Te vienes cuando yo llego,
quiero esa planta enseñarte
y me dices sin pararte,
distraido: «luégo, luégo.»
Dí si ese giro falaz
no equivale á este más llano
del francote castellano:
«hijita, déjame en paz.»
Conque adios.
ALFONSO. ¿Estás contenta?
PILAR. Como ves.
ALFONSO. ¿Y no me engañas?
PILAR. Son tus preguntas extrañas.
ALFONSO. Ya sabes que me atormenta
una duda.
PILAR. Sin razon.
ALFONSO. ¡Y aquella risa nerviosa?
PILAR. Bien se explica: fué espantosa
su amarga reconvencion.
ALFONSO. ¿De suerte que no has obrado
viendo en el aplazamiento
el secreto pensamiento
de que siempre á nuestro lado
estuvieras?
PILAR. Tal deseo,
en vosotros fuera injusto:
pero en mí es bueno y justo,
y que á él obedezco creo.
ALFONSO. Todo conciliarse puede.
PILAR. Nada hay que conciliar
por hoy.
ALFONSO. Bueno, Pilar;

mas, por si acaso, esto quede
bien entendido: que él
es hombre digno de tí,
y que ni en ella, ni en mí
cabe egoismo cruel.

(Se dirige á sentarse á la mesa-ministro.)

PILAR. (Ap., y dirigiéndose á la lateral, primer término, por donde hace mútis.)

Ni en mí cabe el engañar
dándome por quien no soy,
ni yo la deshonra voy
de mi madre á revelar.
¡Él de mí merecedor!
¡Mas yo, cómo merecerlo
si no renuncio á quererlo
aunque me muera de amor?

ESCENA V.

ALFONSO.

¿Exceso de amor filial
ó veleidades de niña?
¿será pasajera riña
ó rompimiento formal?
Me preocupo y hago mal,
quizá el caso no es tan grave,
celillos tal vez, ¿quién sabe?
él probará que hubo engaño,
y hoy mismo no será extraño
que en dulce paz esto acabe.
Y si en verdad no desea
casarse, tanto mejor;
pero no; ¿qué es sin amor
la vida? ¡Siempre esta idea!
¡Con qué crueldad tenacea
el problema de su suerte!
Y hoy por rigor más fuerte
tambien con tenaz empeño,
de Elena el traidor ensueño
en seguirme se divierte.
¡Necio de mí! ¿no es tan buena?

pues si despierta es honrada,
¿qué me importa que privada
de conciencia sueñe Elena?
¿Á su sueño no es ajena
cual yo mismo? ¿Qué es soñar?
(En tono desdeñoso.)
La razon al descansar,
alzarse por fuerza ignota
nube del alma que flota
en fantástico girar.
¡Y sin embargo, no acierto
á olvidarlo! ¡Ah, bien amado,
tú durmiendo has delirado,
y yo deliro despierto!
Pero de este modo advierto
mi avaricia por tu vida,
pues quiero, Elena querida,
tu suspiro ántes de muerta,
tus pensamientos despierta
y tus ensueños dormida,
(Se dirige á la lateral segundo término; levanta el portier para pasar y se detiene sorprendido, mirando hácia dentro con ansiedad creciente.)
Escribe... ¿Por qué recelas? (Al corazon.)
Con pasion oesa lo escrito?...
Si yo que es mentira grito
sangre vil, ¿por qué te hielas?
¿Ella ámorosas esquelas?
Esto sí que es delirar;
pero no, es empezar
á ofender villanamente:
lo de ántes era inocente
locura, esto *es dudar*.

ESCENA VI.

DICHO y ELENA que sale con mantilla ó velo, y que se produce con visible turbacion dando cuerpo á los celos de aquel.

ELENA. ¿Aquí estabas?
ALFONSO. Aquí estoy.

ELENA. En el jardin te creía:
te iba á decir que vendría
en seguida.
ALFONSO. ¿Sales hoy?
ELENA. Salgo, si, aún es temprano
para que venga la gente:
conque adios.
ALFONSO. ¿Es tan urgente
tu quehacer que ni la mano
me concedes?
ELENA. Vuelvo al punto.
ALFONSO. Pero ¿se puede saber
lo que ahora tienes que hacer?
ELENA. Voy á un benéfico asunto;
en que lo aplaudes confío;
por lo mismo que es mi santo
quiero hacer bien.
ALFONSO. ¿No haces tanto
siempre?
ELENA. ¿Qué importa?
ALFONSO. (Ap.) (Dios mio
podrá disfrazarse el crímen
con mantos de caridad?)
ELENA. Hasta ahora.
ALFONSO. Ten la bondad
de esperarme, á los que gimen
visitar contigo quiero.
ELENA. No, Alfonso. (Con sobresalto.)
ALFONSO. ¿Cómo?
ELENA, Es decir,
si quieres puedes venir,
pero ir yo sola prefiero.
ALFONSO. (Ap.) (Ah, sí, la culpa y la audacia
forman siempre compañía.)
ELENA. Tu presencia aumentaría
el rubor de las desgracia.
(Dan las doce en el reló de la chimenea; Elena ahoga un grito de sobresalto, y dice:)
Adios.
ALFONSO. (Interponiéndose.) Sí, esa es la hora
de la cita de tu ensueño:
vete; si la vida es sueño,

¿qué importa que seas traidora?
ELENA. ¿Dudas de mí?
ALFONSO. Que es dudar
de la luz del mismo dia,
que es cegar, Elena mia,
y que es morir ó es matar.
ELENA. ¡Y qué es la muerte más ruda
comparada, Alfonso amado,
con el dardo que ha clavado
en mi corazon tu duda?
ALFONSO. Guarda esa noble actitud
y repite ese lamento!
¡Si el mal tuviera ese acento
cuál tuviera la virtud?
¡Dudar de tí! no es verdad;
fué locura pasajera:
si corrió tu vida entera
por cauces de santidad,
¿cómo he de pensar en juicio,
que el limpio caudal un dia
deje el lecho en que vivía
por las cloacas del vicio?
Perdona si loco pude...
ELENA. Perdono el mal que me has hecho
porque no tengo derecho
á que de mí no se dude.
Si fé ciega ha de inspirar,
~~sea son~~ la mujer como el roble;
virtud que una vez se doble
ya no es virtud de fiar.
En vez de morir te amé:
no es culpa tuya, en conciencia,
que la primera apariencia
te haya robado la fé.
ALFONSO. El alma no me destroces:
si á dudar de tí he llegado
es porque hubiera dudado
de mí madre: ¿no conoces
que hablándome de ese modo
cruel castigo me das?
ELENA. (Ap.) (Si tardo un instante más...)
ALFONSO. Así que te explique todo...

ELENA. Pero ántes si quieres darme
de estima prueba evidente,
debes dejar que me ausente
y aquí tranquilo esperarme.
ALFONSO. Mas con un solo momento,
como me dejas el alma
tranquila, tambien en calma
me dejas el pensamiento.
No es dudar, es impaciencia
de aplacar esta razon,
que en morder al corazon
entretiene su impotencia.
Lo que no puedo alcanzar
aunque el cerebro se parta,
dime por fin: esa carta
que yo te he visto besar,
qué carta es?
ELENA. (Sobresaltada.) ¿Viste?...
ALFONSO. Sí:
¿qué te espanta? con mis ojos
llevarla á esos lábios rojos,
ahora pálidos te ví;
y por la noche soñando
palabras de amor dijiste,
y luégo así proseguiste,
y yo te estaba escuchando:
«me espera á las doce, iré,
¿por qué razon no he de hacerlo?
Alfonso no ha de saberlo,
ser venturosa podré;»
y al dar el reló esa hora
en tí causó emocion viva,
y á tu ida intempestiva
dió resolucion traidora,
y ahora en mortal desmayo
estás sin decirme nada,
como esperando culpada,
que al fin te confunda el rayo.
Dime tú si á la locura
se resiste el juicio al ver
juntas en un mismo ser
la luz y la sombra oscura.

ELENA. (Ap.) (¿Qué vá á suceder, gran Dios?)
ALFONSO. Esa carta. (Exigiéndosela.)
ELENA. ¡Dios sagrado!
ALFONSO. Esa carta.
(Yendo como á ejercer violencia en Elena para quitársela.)
ELENA. (Evitando con suprema dignidad la violencia.)
Desdichado,
la desgracia de los dos
no acrecientes. Allí está...
(Señalando al gabinete, segundo término.)
en mi mesa. Te disculpa
la apariencia, y si hubo culpa
la verdad te pesará.
(Alfonso penetra en el indicado gabinete, y mientras reaparece con la carta, Elena dice los dos versos siguientes, despues de haber marcado el impulso de irse aprovechando la momentánea desaparicion de aquel.)
Él iría... ya ¿qué hacer?
¡Terrible respuesta: nada!
ALFONSO. (Reapareciendo con la carta.)
¿Para mí?
ELENA. Por mí besada
¿para quién pudiera ser?
(Lo que en adelante vá entre comillas lo dice Alfonso leyendo la carta y como recogiendo el contenido de la misma.)
ALFONSO. «¿Aquí Enrique?»
(Señal afirmativa en Elena.)
¡Y yo menguado!...
Pero ¿por qué por escrito?...
ELENA. Acaba. (¡Cielo bendito!)
ALFONSO. «Que huyéramos ha tratado
de evitar?»
ELENA. Sí.
ALFONSO. Eso arguye
inocencia sin igual,
que, pudiendo, al criminal
se le mata y no se huye. (Vuelve á leer.)
ELENA. Déjame ir.
ALFONSO. «Si es que ciego!

¿Ir á suplicarle?»

ELENA. Sí:
le desprecié y le ofendí;
quedan el llanto y el ruego.

ALFONSO. (Leyendo.)
«Mas tu honor llevo seguro,
»pues aunque intente el cobarde
»ofenderte, será tarde
»y caerá mi cuerpo puro.»
¿Tú morir? ¡y yo al dolor
resignarme como un niño!
Ni sabes lo que es cariño,
ni sabes lo que es amor.

ELENA. ¿Y Pilar?

ALFONSO. Perder á un padre
será dolor muy profundo;
pero ¿hay abrigo en el mundo
cuando se pierde á una madre?
¡Matarte!... ¡Desventurado!
¡y yo he podido ofenderte!
¡Tu cuerpo caer inerte
á los piés de ese malvado!
¡la estátua á sus piés tendida?
¿la estátua por mí adorada,
por sus ojos profanada
en la muerte y en la vida?
él sí que pronto vá á dar
con sus mortales despojos
pasto á mis ávidos ojos
que se saldrán por mirar.
(Se precipita á la mesa como á buscar un arma en el cajon ó el pupitre.)

ELENA. Ten compasion, toma en cuenta
de las dos la desventura.

ALFONSO. Si ama Dios á la criatura
y no evita la tormenta.

ELENA. Busca un remedio; si ya
con el Juez acaso...

ALFONSO. Calla,
porque mi cerebro estalla
ante esa idea.
(Echando de ménos el arma donde debia tenerla, y

adivinando que la tiene Elena.)

No está!...
¿El arma por tí elegida?...

(Se precipita sobre Elena, quien instintivamente se lleva la mano al bolsillo en que tiene un pequeño revolver. Aquel lucha por arrebatárselo y queda á la libertad de los actores el momento de apoderarse de él.)

ELENA. No.

ALFONSO. Suelta. ¿Valor tuviste?
¿al cogerlo no sentiste
la creacion estremecida?

ELENA. Vas á matarlo!

ALFONSO. Si quiere,
frente á frente y hierro á hierro,
pero, si no, como á un perro.

ELENA. Si tú mueres!...

ALFONSO. Nunca muere
el que lleva tal razon
y tanta rabia á la liza
que con mirar pulveriza.

ELENA. Si tú matas, la prision!

ALFONSO. Ó no, pero en todo caso
quedareis las dos seguras.

ELENA. Mas sin tu amor te figuras
que viviremos acaso?

ALFONSO. Sólo sé que quiero irme
y que ya debes dejarme.

ELENA. Pero es que quieres matarme?

ALFONSO. ¿Pretendes tú disuadirme?
Déjame.

ELENA. Vé que desmayo,
que de angustia el pecho lleno...

ALFONSO. Pide que no ruja al trueno
ó que se detenga al rayo.

(Váse por el foro dejando á Elena arrojada en un sofá.)

ESCENA VI.

ELENA, que despues de una pausa que sabrá llenar la actriz, dice lo siguiente y se vá por la lateral, primer término, como en busca de Pilar.

¡A mi hija, á la inocente
en todo caso se inmola!
si yo soy la delicuente,
¿no puedes. Omnipotente,
penar la culpa en mí sola?

ESCENA VII.

ENRIQUE, el JUEZ, el ESCRIBANO, los dos SUBDELEGADOS DE POLICÍA y el CRIADO 2.°

Todos aparecen en el ante-despacho despues de haber estado sola la escena algunos momentos. El criado desaparece cuando se indica. El Escribano se presenta con un rollo de pliegos grandes en la mano: al sentarse á la mesa las veces que se indica, tanto en esta escena como en las siguientes, debe disponerse á escribir, pero no llegar á verificarlo, habiendo de estar siempre como suspenso y pendiente de cuanto se dice y sucede.

JUEZ. (Al criado.) Su regreso esperaremos.
CRIAD 2.° Bueno, pero á la señora
le diré...
JUEZ. No por ahora;
si acaso ya avisaremos.
CRIAD 2.° Corriente. (Váse.)
JUEZ. (Desde el foro.) Ustedes, señores
Subdelegados, aquí
pueden esperarse.
SUB. Sí.
(Se sientan en la habitacion del foro, ó sea en el ante-despacho á la vista del público.)
JUEZ. (Á Enrique, entrando con éste y el Escribano en el primer término.)
Si no abrigara temores

de arrebatos, de buen grado
tan sólo dispuesto hubiera
que con nosotros viniera
el actuario. (Indicando al Escribano.)

ENR. Infundado
en cuanto á mí es el temor:
soy prudente, señor Juez.
(Ap.) (Seré célebre esta vez.)

JUEZ. (Ap. al Escribano.) (Juzgo infame su rigor.)
(En voz alta, indicándole la mesa de Alfonso, á la cual se sienta el Escribano.)
Puede ahí tomar asiento
y empezar la diligencia.
Una vez más la conciencia (Á Enrique.)
y la voz del sentimiento
debe consultar: ¿qué accion?
¿la civil ó la penal?

ENR. Á la esposa criminal
ó la muerte ó la prision:
no he pensado que conmigo
torne á vivir *esta Elena*;
en el divorcio no hay pena,
y de ambos quiero el castigo.

JUEZ. Sea, pues.
(El Escribano se dispone á escribir; pero al salir Pilar y Elena se levanta respetuosamente.)

ESCENA VIII.

DICHOS, PILAR y ELENA que salen sucesivamente por la lateral, primer término, diciendo á voces desde dentro las primeras frases, que deben resultar como nacidas de la revelacion hecha por Elena á Pilar de todo lo que sucede.

PILAR. ¡Mi padre!
(Como si viniera llamándole al despacho.)
¡Padre!

ELENA. ¿Á dónde vás, hija mía,
si ya es tarde?

JUEZ. (Ap. al ver á Elena y Pilar.)
(Ley impía.)

PILAR. (Aterrada y formando estrecho grupo con Elena,

(despues de haberse hecho ambos cargo de la situacion.)

Pero, ¿esto es posible, madre?

ELENA. Como lo es no morir
de vergüenza, ni cegar.

PILAR. ¿Lo puede Dios consentir?

ELENA. Es mi castigo, Pilar.

PILAR. Tu prueba.—Pero, ¿en la tierra
no existe ya salvacion?

JUEZ. Sólo una.

PILAR. ¿Cuál?

JUEZ. (Indicando á Enrique.) El perdon
del ofendido.

ELENA. ¿Se encierra
en su pecho nuestra suerte?
Entónces llora, hija mia,
que el lodo inmundo no cría
sino miasmas de muerte.

ENR. (Al Juez con cierto tono de reconvencion y refiriéndose á Elena.)
Deslenguada, me ha excusado
de reiterar implacable
que es designio *irrevocable*
el que aquí traigo formado.
(En este momento se vuelve á sentar el Escribano.)

PILAR. ¡Ah! no. (Yéndose hácia Enrique.)

JUEZ. (Á Enrique con severidad.) Me cumple advertir.

PILAR. (Á Enrique.) Contemple si no es de roca
que una hija se vuelva loca
si vé á sus padres sufrir
una prision.

ELENA. Ántes muerta
tu madre.

PILAR. (Que sigue dirigiéndose á Enrique.)
Muertos ó presos,
yo me quedo sin sus besos,
la tierra entera desierta;
no encontraré abandonada
ni un abrigo á mis dolores.

JUEZ. (Compadecido.) Encontrará usted tutores.

PILAR. ¿Y cariño?

ENR. (Á Pilar.) Desgraciada
podrá ser, mas no por mí,
que obro en justo desagravio.
ELENA. ¡Sin que Dios abrase el labio
se puede mentir así?
¿El móvil que á tí te guía?...
ENR. Prueba... que es otro.
ELENA. (Con tono de indignacion refiriéndose al liviano propósito de Enrique.)
Ni quiero;
y queriendo, el mundo entero,
es verdad, no me creería.
ERN. Satisfaga á la inocente
quien la engendró deshonrada.
JUEZ. Esto acabe.
(Lo dice con enojo hácia Enrique, y va como á dirigirse á Elena, pero se detiene lleno de respeto ante el grupo que forman madre é hija. Aquella parece que vá á perder el sentido por la herida que acaban de causarle las palabras de Enrique.)
PILAR. Madre amada,
no me abandones; si miente
y mienten todos con él.
ELENA. (Con voz desfallecida.)
No, que mi ilícito amor
dió á tu frente el deshonor,
á tu corazon la hiel.
Por mí te ves humillada,
por mí desdichada eres.
PILAR. No hables así si me quieres.
ELENA. De no ser inmaculada
á ser madre no hay derecho.
PILAR. (Doblando una rodilla)
Si eres mártir á mis ojos,
y ante tus plantas de hinojos
siento lo santo en mi pecho.

ESCENA IX.

DICHOS y ALFONSO, que dice la primera frase como al actor se la dicte su inspiracion, desde la habitacion del foro, donde los subdelegados se levantan respetuosamente á su paso, y entra despues en el primer término, descompuesto, pero con la calma de los momentos supremos. El movimiento de los personajes en cada situacion de esta escena, queda fiado al talento de los actores. El Escribano se levanta al entrar Alfonso.

ALFONSO. ¡En mi casa!
ELENA. ¡Él!
PILAR. (Corriendo á él.) Padre mio.
JUEZ. La ley le ruega la calma.
ALFONSO. Jamás sintió tanta el alma
como siente ya.
JUEZ. Confio
en su noble condicion.
El señor... (Indicando á Enrique.)
ALFONSO. Todo se infiere:
dicha y honor robar quiere:
del robo vive el ladron.
(Movimiento agresivo en Enrique.)
JUEZ. Señores...
ALFONSO. Calma á su vez:
la tengo yo para hablar;
téngala para escuchar.
ENR. Por injuria, señor Juez,
tambien le acuso.
ALFONSO. Muy justo:
él acusa, el Juez castiga
y me dejan que yo siga:
pacto hecho: ese es mi gusto.
La historia no tiene igual:
robos... muchos han sido,
pero dos ha cometido
el ladron de vil metal.
ENR. Señor Juez...
ALFONSO. No hay arrebato,
ahora ejercito un derecho,

fundo mi dicho en el hecho,
ya no injurio, ya delato.

ENR. No puede.

JUEZ. Lo puede hacer.

ENR. Haga el necio una memoria
de la doméstica historia.

JUEZ. ¿Á quién robó?

ALFONSO. Á su mujer
y á su hermano.

JUEZ. ¿Con violencia?

ALFONSO. Ó sin ella, más robó.

JUEZ. Si tampoco intimidó,
no hubo legal delincuencia.

ENR. Ni advierte su necedad
que mi culpa habría prescrito
aun siendo el hecho delito
y la calumnia verdad.

ALFONSO. Miserable, yo sé todo,
yo sé que la ley te ampara,
más no sacio el alma avara
con matarte y te echo lodo.

(Los actores comprenderán perfectamente el movimiento de los personajes en esta situacion.)

PILAR. Padre mio. (Abrazándole.)

ALFONSO. (En reaccion de debilidad y ternura.)
Hija querida,
tú has vivido en el engaño,
sin temer viniera el daño
por deberme á mí la vida. (Pilar solloza.)
Tu sacrificio ignoraba:
yo quizás lo consumé,
que á la Duquesa encontré
y de saber todo acaba.
¿Por qué el corazon se siente,
si es la conciencia inmutable,
inocente ante el culpable,
culpable ante el inocente?

ERENA. Ampárala, vé que muere
de dolor, humilde sé
y yo su esclava seré
ó que me mate si quiere.

ALFONSO. (Desprendiéndose de Pilar y cogiendo á Elena.)

¡Él á tí?

ENR. Quiero el castigo.

ALFONSO. Lo tendrás, pierde cuidado,
que otra vez me siento honrado.

JUEZ. Lleno de pesar, le digo
que si calma no recobra,
con mayor seguridad
impondré mi autoridad.

ALFONSO. ¿Pues la calma no me sobra?
¿Qué hiciera el legislador?
¿qué el mas noble magistrado?
Esta casa era un sagrado
de dicha virtud y amor:
ahora, vedlo, todo escombro,
todo rueda por el suelo,
todo es polvo, llanto y duelo:
llego y miro con asombro
las ruinas de mi alma
y en medio al autor en pié;
lo ví, llegué y no maté:
luego me sobra la calma.

ENR. No es fácil.

ALFONSO. Ah!

JUEZ. Terminemos.

ENR. Ántes sufra la condena
y cuando extinga su pena,
eso de matar, veremos.

JUEZ. (Ap.) (Alma infernal.)

ALFONSO. Vano alarde,
que por vengar de una dama
el agravio, no reclama
á la ley sino el cobarde.

ENR. Tengo mi valor probado.

ALFONSO. Pero en vano ahora lo excito.

ENR. Ántes la causa.

ALFONSO. (Ap.) (Está escrito.)

JUEZ. Cuanto pude he dispensado.
Ya del caso es exigencia,
señora, su indagatoria.
(En este momento se vuelve á sentar el Escribano.)

ALFONSO. (Interponiéndose con fiereza.)
Hay excepcion dilatoria.

JUEZ. Ninguna.
ALFONSO. (La del Juez.) Su incompetencia;
que un fuero especial le dí
al hacerla mitad mia,
el de que cuentas daría
á Dios tan sólo y á mí.
JUEZ. Soy Juez.
ENR. Yo marido.
ALFONSO. Quiso
darte el nombre ley tirana;
yo lo soy por ley humana,
que empezó en el Paraiso.
¡Rara justicia del hombre!
por los Códigos que escribe
el mayor crímen prescribe
y jamás prescríbe un nombre.
Veinte años há que dejó... (Al Juez.)
ENR. Hoy conozco el adulterio.
ALFONSO. (Al Juez que va como á decirle algo.)
Respeto su ministerio,
mas vea como mintió;
deje hablar á la verdad.
Adulterio es corrupcion, (Á Enrique.)
es infame confusion
de amor y de liviandad:
matrimonio, santo fin,
del alma sagrados lazos
que eternizan los abrazos
y risas de un serafin:
con perjurio ante un altar
presa del vicio llevaste,
luego al dolor la arrojaste,
y te perdiste en el mar;
la recogí cariñoso
y vé lo que aquí se anida...
que ahora el mundo decida...
adúltero tú, yo esposo.
ENR. La ley le va á resolver.
ALFONSO. Ley maldita, ley de muerte.
Sin vida la tierra inerte
y con vida la mujer:
la deja el que la ocupaba

y la tierra se libera;
se abandona, y aunque muera
queda la mujer esclava.

JUEZ. Leyes, si quiere, que oprimen,
pero ineludibles son.

ALFONSO. Bien lo sé, no hay salvacion
más que en la muerte ó el crimen.

JUEZ. Resignacion.

ENR. Tal bondad,
señor Juez, ya es demasía.

JUEZ. ¿Desacata? (Con marcado enojo.)

ALFONSO. ¡Qué sería
sabiendo tu liviandad?
Habría, si se penara
la intencion de ciertos viles.
haces de hediondos reptiles
para azotarles la cara.

ENR. No puedo más.

ALFONSO. Yo tampoco;
pero ántes, por conclusion,
para justa aclaracion,
del juez el criterio invoco.
¿Por sí causa tan cruel
la justicia seguirá?

JUEZ. No.

ENR. Mas sí por accion mia.

ALFONSO. Eso quiero.—¿No hay sin él
proceso?

JUEZ. Así es.

ALFONSO. De suerte
que estos seres tan queridos
quedarían redimidos
dando al odiado la muerte?

(El Juez, mientras esto dice Alfonso, debe quedar como suspenso y temeroso; pero no asentir de ningun modo á la pregunta de aquel.)

Pues ya hay reo, ya hay sentencia:
yo el ejecutor.

(Diciendo esto último echa mano Alfonso al revolver que arrebató á Elena y que lleva en un bolsillo. Se produce en todos la alarma y se dicen los versos inmediatos siguientes casi simultáneamente.)

JUEZ. (Á los subdelegados.) Acá,
señores.
PILAR. No, padre.
ALFONSO. Ya...
ELENA. Alfonso.
ALFONSO. La Providencia
te salva sólo si quiere.
(En este momento Alfonso, que ha evitado la accion de todos, dispara sobre Enrique, y este cae muerto.)
ELENA. ¡Santo Dios!
ALFONSO. Pues no ha querido,
será que habrá consentido
la sentencia.
PILAR. Padre.
JUEZ. (Observando á Enrique.) Muere.
ALFONSO. ¿Qué hay de la muerte en el seno?
La paz. ¡Destino cruel!
el reposo para él
y la cárcel para el bueno.
JUEZ. Incurrió en mayor castigo.
ALFONSO. ¿Qué importa si está salbada
la mujer mas adorada?
ELENA. Alfonso.
PILAR. Iremos contigo.

ESCENA X.

DICHOS y ALFREDO, que entra por el foro y avanzando sin ser visto por los demás revela hacerse cargo de la situacion y se hace por último presente diciendo con exaltacion sus palabras.

ALFONSO. Imposible. Adios, Pilar:
perdona á tu padre triste:
á Alfredo acaso perdiste,
pero madre á quien amar
te dejo.
ALF. ¡Perderme á mí?
¿Quién como ella ha de tener
conciencia de su deber?

ALFONSO. Tambien hay justicia aquí.

(En este cuadro final los subdelegados, que acudieron y quitaron el revolver á Alfonso, se hallan detrás y cerca de él sin sujetarle: Elena y Pilar gimen en sus brazos; y al decir aquel sus últimas palabras se vuelve hácia el foro como si fuera á abandonar ya su casa, marcando el Juez al propio tiempo la partida con severo y triste ademan. Estas indicaciones, como todas las demas, quedan supeditadas al mejor acierto de los actores.)

FIN DEL DRAMA.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion
5	4	La Pasionaria	3	Leopoldo Cano	»
6	3	Las dos Ineses	3	E. B.	»
8	4	Las violetas de fuego. (Mágia)	3	Juan J. Chazarri	»
»	»	Luchas titánicas	3	Pedro Marquina	»
»	»	Mártires ó delincuentes	3	Francisco Pleguezuelo	»

ZARZUELAS.

4	3	À un sí un no	1	Sres. J. Usúa y T. Reig	L. y M.
»	»	Cascabeles	1	D. Angel Rubio	M.
»	»	¡Cómo está la sociedad!	1	Sres. Burgos, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Contratos al vuelo	1	Minguez, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Dos escéntricos	1	D Ángel Rubio	M.
4	2	El chiripero	1	Sres. Luis Cocat y Reig	L. y M.
»	»	El faldon de la levita	1	I. Hernandez	M.
4	4	El mono Tong-Kong	1	Santa María y Reig	M. y 1|2 L.
»	»	El lápiz magico	1	D. Tomás Reig	M.
»	»	El proceso del sainete	1	Sres. Navarro y Reig	L. y M.
»	»	El tambor mayor	1	Jaques y Romea	L. y M,
9	5	Ellos y nosotros, segunda parte de ¡Eh!... ¡Á la plaza	1	Pina, Burgos y Rubio	L. y M.
»	»	Enredos y compromisos	1	D. José Olier	L.
»	»	Fanchete	1	José Rogel	M.
3	3	Flamencomanía	1	Sres Castilla, Navarro y Rubio	L. y M.
»	»	Fortuna te dé Dios, hijo	1	D. Calixto Navarro	L.
3	2	Golpes, fagina y retreta	1	Sres Cardin y Cabas	L. y M.
»	»	¡Hoy sale, hoy!	1	Burgos y Luceño, Barbieri y Chueca	L. y M.
2	2	Jugar con trampa	1	Diaz Barroso y Reig.	L. y M.
7	4	La mantilla blanca	1	Gorriz, Rubio y Espino	M. y 1|2 L.
»	»	La mano blanca	1	Angel Rubio	M.
3	2	La mar de chiquillos	1	D. Francisco Macarro	L.
7	4	La oracion de san Antonio	1	Pedro Escamilla	L.
»	»	La salsa y los caracoles	1	C. Navarro	1|2 L.
»	»	La vuelta de Ruiz	1	Sres. Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
3	2	Meterse en honduras	1	Flores Garcia, Rubio Espino.	L. y M.
2	3	Otelo y Desdémona	1	D. Calisto Navarro	1|2 L.
»	»	O último figurino	1	José Rogel	M.
»	»	Para palabra, Aragon	1	I. Hernandez	M.
3	1	Pobre Gloria	1	Eusebio Sierra	L.
14	4	Política y Tauromaquia	1	Sres. Búrgos, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Por una credencial	1	Antonio Saquero y V. Poveda	L. y M.
»	»	Quien más mira	1	D. Isidoro Hernandez	M.
6	3	¡Salero, vivan los toros!	1	F. Perez Collántes	M.
6	4	Tipos al amanecer	1	Eguiláz y S. Rubio	L. y M.
»	»	Trabajo perdido	1	D. Salvador Lastra	L.
»	»	Un lio en el ropero		Tomas Reig	M.
3	1	Valiente pesca	1	Isidoro Hernandez	M.
5	1	Valiente sobrino	1	Sres. Cardin y Zapata y Rey	L. y M.
»	»	De Cádiz al Puerto	2	Flores Garcia y Romea, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	De la noche á la mañana	2	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	¡Eh, á la plaza! Ellos y nosotros	2	Pina, Búrgos y Rubio	L. y M.
»	»	Hathcis (Revista)	2	Perillan, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	La perla de Triana	2	D. J. Cansinos	L.
»	»	Noches de Madrid	2	Tomás Reig	M.
»	»	Romao é etcétera	2	José Rogel	1|2 M.
»	»	Una semana en Madrid	2	2res. R. Carrion y P. Dominguez	M.
»	»	El capitan Centellas	3	Herranz y Almagzo	L. y 1|2 M.
»	»	Fatinitza	3	Franz Suppé	L. y M.
14	2	La cruz de fuego	3	José Estremera	L.
9	7	Os dragoes d'Rey	3	José Rogel	M.
10	2	San Franco de Sena	3	Sres. Estremera y Arrieta	L. y M.
»	»	Un marido de Sobejo	3	D. José Rogel	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *Don Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía,* Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía,* calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.